luchó denodadamente contra la secta de los Hermanos del Espíritu Libre. *Más tarde se retiró con algunos amigos a una ermita donde hacían vida conventual. Allí escribió varios libros muy valiosos y llenos de sabiduría. En 1908 la Congregación de Ritos aprobó el culto que como beato se le venía tributando.*

Los que por el estudio y cuidado de las virtudes y el ejercicio interior de la oración penetraron y cavaron hasta el fin en su centro y hasta su mismo origen, que es la entrada en la vida eterna, llegarán a sentir y percibir el contacto divino, donde de verdad resplandece la inmensa claridad de Dios, de tal manera que la razón y el entendimiento son absorbidos y compelidos, quiera o no quiera, a rendirse a la claridad incomprensible de Dios.

Este contacto interior con Dios es el que causa en nosotros el hambre y deseo del espíritu...; y cuanto mayor fuere el acercamiento, tanto mayor será el hambre y ansia de conseguirlo. Esta es llanamente la vida del amor, según su más excelente y principal operación, que trasciende también a la misma razón y entendimiento, de tal manera que nada podemos dar ni quitar al amor, porque todo él está tocado del amor divino; y, según yo entiendo, quien aquí llegare, no podrá fácilmente separarse de Dios. (Adorno de las bodas, c. 54 y 55.)

SAN VICENTE FERRER (m. 1419)

San Vicente Ferrer, dominico, es sin duda uno de los apóstoles más importantes y prodigiosos, no solamente de España y de la Orden Dominicana, sino, incluso, de toda la Iglesia. Quizá ninguno haya conseguido tantas y tan prodigiosas conversiones.

Tres cosas se requieren para obtener y conservar la amistad y unión con Jesucristo y llegar a la perfección de la vida espiritual: *oración, obediencia y penitencia (Serm. de S. Bartolomé).*

Oración: Contemplando y hablando se engendra el amor entre dos personas. Esto sucede en la oración, en la que se contempla a Jesús... (*Ibíd.*)

La oración debe ser mental y vocal, porque así lo exige el compuesto humano, carne y espíritu. Es mejor la oración mental que la vocal, pues el espíritu es más noble que la carne; por tanto, no debe ser preferida la oración vocal *(Serm. Sto. Agnetis).*

SAN BERNARDINO DE SIENA (m. 1444)

San Bernardino de Siena, franciscano, se destacó por su acendrada devoción a la Santísima Virgen y su pureza virginal. En Milán se revela como el enviado de Dios. Su noble ademán, palabra vibrante y fama de santo le dan un poder irresistible que subyuga y conquista a las multitudes. Le ofrecen el obispado de Siena, pero lo rechaza para estar más libre para orar y predicar.

1. La oración es una embajadora fiel, la conoce muy bien el Rey del Cielo, que tiene por costumbre entrarse muy confiadamente en sus tabernáculos más secretos y allí no se cansa de importunarle hasta que al fin alcanza la ayuda de gracia para nosotros miserables pecadores que gemimos en medio de tantos combates y tantas miserias en este valle de lágrimas. (Cit. S. Ligorio).

2. *María, dispensadora de todas las gracias.*—Tú eres la dispensadora de todas las gracias. Todos los dones, todas las virtudes y todas las gracias del mismo Espíritu Santo, son concedidas por manos de María a quien Ella quiere, cuando Ella quiere, como Ella quiere y en la porción que Ella quiere... De todas las gracias concedidas al género humano, Dios es el dador general, Cristo el Mediador general y la gloriosa Virgen es la Dispensadora general.

Toda gracia comunicada a este mundo tiene un triple proceso: de Dios a Cristo; de Cristo a la Virgen, y de la Virgen a nosotros, de una manera ordenadísima.

María es el cuello, a través del cual el flujo de la gracia llega a los miembros del cuerpo. *(P. Melús. Orar con María.)*

3. Predicador, cuando menos confíes en ti, más gracia te dará Dios. *Llamad y se os abrirá* (Mt. 7, 7), porque la palabra de Dios está de tal manera condicionada a la oración, que no parece sino que Dios estuviese encarcelado y sólo por la oración pudiésemos acercarnos a visitarle. (Sermón sobre San Mateo, 4, 4.)

SAN LORENZO JUSTINIANO (m. 1456)

San Lorenzo Justiniano, primer patriarca de Venecia, nació en 1381 de una noble y ejemplar familia cristiana. Cuando contaba unos 20 años, renuncia a todos los halagos del mundo y se consagra a Dios en el monasterio de San Jorge de Alga, bajo las órdenes de un tío suyo, canónigo regular. Allí se consagró a una vida austerísima de penitencia y oración. Siendo elevado al cargo de Superior General de la Orden, reformó las Constituciones.

1. Así como por los dulces sonidos del salterio o del órgano se reconoce la experta mano del artista, o, por el orden de las ideas y la recta pronunciación de las palabras, se manifiesta la ciencia del orador, así por los variados efectos de la oración se deduce su excelencia. Porque siendo como es una gran virtud, no pueden menos de ser extraordinarios los efectos que produce. Primero, esta virtud de la oración sana las enfermedades; así leemos en el Ecles, 38, 9: *Hijo, si caes enfermo, no te impacientes; ruega a Dios y él te curará.*

Estaba enfermo de muerte Ezaquías; no se encontraba medio que le aliviase; volviéndose hacia la pared, lloró, rezó y recuperó la salud. Quiso Dios con el ejemplo de este rey, dar a

conocer a todos la eficacia de la oración; el hombre afligido por la enfermedad aprende a pedir auxilio a Dios. Todos los médicos se mueven por dinero a procurar la salud de los demás, sólo el Señor se deja conquistar por una oración pura.

2. La oración, sobre todo, sana las enfermedades del espíritu; éste es el remedio más eficaz para aquel que es zarandeado por la seducción del pecado; siempre que se vea atacado por cualquier vicio, recurra a la oración; porque la oración frecuente extingue la fiebre de toda clase de vicios. Como el fuego se apaga con el agua, así los ataques de la viciosa concupiscencia se vencen con la oración.

3. También la oración es poderosa para triunfar sobre los enemigos, como aparece claramente en la historia de Moisés (Ex. 17, 11); cuando Amalec se disponía a atacar, Moisés subía al monte para luchar no con las armas, sino con los ruegos; de pie, con sus manos extendidas hacia el cielo, oraba fervorosamente: pedía auxilio no a la tierra, sino al cielo, de modo que aunque físicamente se encontraba separado de los enemigos, por el ardor de su oración se hacía presente luchando entre ellos. Mediante la oración la lucha de Moisés era oculta, pero su victoria manifiesta; oraba él solo para que muchos se salvasen; pero cesaba Israel de vencer, cuando Moisés cesaba de orar. Moisés con su perseverancia en la oración aseguraba la perseverancia en la victoria; perseverancia que cesaba en el momento que dejaba de orar, siendo tal el resultado cual fuese la oración, por lo que a nosotros se nos enseña cuán grande es el poder de la oración.

Porque, ¿qué justo ha luchado sin acudir a la oración? y ¿quién jamás fue vencido por el enemigo si ha empleado el arma de la oración? Por medio de la oración las llamas de Daniel se detienen, las fieras se amansan, caen los enemigos, las fuerzas hostiles son vencidas (Dan. 2, 23; 3, 49-50; 6, 22-23).

4. También contra los enemigos del espíritu la oración consigue la victoria. Ejemplo de esto tenemos en el Señor Jesús: estando a las puertas de la pasión, presa de angustias de muerte, oraba con más insistencia; quiso tener en la oración la compañía de un ángel, y así reconfortado se presentó espontáneamente

ante los enemigos; de modo que vencidos los enemigos aun antes de hacerse presentes, los venciese también cuando los tenía ante su vista. Huyen de la oración los enemigos como de los golpes del flagelo.

Debemos perseverar en la oración mientras dura la lucha; no nos asuste ni la multitud de los enemigos, ni la forma de guerrear, ni sus armas refulgentes como el vidrio: dará la victoria a los que luchan quien dio valentía para orar. Testigo David, cuando dice: *Bendito el Señor que no desechó mi oración, ni me negó su piedad* (Sal. 65, 20).

5. Finalmente la virtud de la oración ilumina al hombre; pues con la oración se solucionan las dudas mejor que con cualquier otra forma de discurso, y lo oscuro se aclara más rápidamente con la oración que con el estudio. A Daniel en la oración se le descubren misterios, se le otorgan revelaciones, y lo que a los sabios del siglo les estaba encubierto, se le manifiesta a él en virtud de la oración.

6. La oración infunde también tranquilidad; dice Job: *Si al despuntar el día levantas tu mente al Señor Omnipotente y le diriges tu oración, al punto te atenderá y derramará la paz sobre tu tienda* (Job. 8, 6): Cuantas veces, oh hombre, te veas envuelto en luchas y trabajos, recurre en seguida a la ayuda de la oración, insiste con ruegos, pide con gemidos, suplica con lágrimas, porque en la medida que muestras empeño en orar, recuperarás la gracia perdida, saldrás de la oración rebosando tranquilidad; no la busques en otra parte fuera de la oración; más aún, cuando la ira perturba tu espíritu, intenta sojuzgar tu mente y te quita la calma, acógete al refugio, sube al monte de la oración, allí al abrigo de todo contagio, gozarás de gran paz.

7. La oración aplaca a Dios y a modo de escudo protege de la ira divina, pues esta es función propia de la oración; por su medio se detiene la mano airada de Dios, se aplaca su venganza, se consigue el perdón, se aleja el castigo, se consiguen abundantes recompensas. El que ora, habla con Dios, conversa con el juez; se le muestra presente aquel a quien antes no podía ver por la confusión de su mente; la oración le introduce en los secretos del juez; en la oración nadie se siente rechazado, sólo

aquel que en la misma se conduce con tibieza. ¿A qué insistir más? Porque la oración es refugio del alma santa, consuelo para el ángel bueno, tormento para el diablo, obsequio agradable a Dios, muerte de los vicios, madre de las virtudes, solaz en esta peregrinación, espejo del alma, fortaleza de la conciencia, camino del conocimiento; la oración nutre la confianza, estimula la caridad, es alivio en la fatiga, causa de compunción, puerta del cielo, enemiga mortal de los malos pensamientos, recogimiento del alma distraída. La oración aviva el fuego de los divinos afectos, imita el oficio de los ángeles, es prenda segura de todos los bienes espirituales; el que logre perseverar en ella no podrá perecer. (Trat. de Orac. Cap. 2.)

8. Nada hay más sublime, nada más poderoso, que un hombre en oración; pero si el que ora, también ayuna, dispone de dos alas con que remontarse para escudriñar lo celestial y divino; no andará errante ni aturdido, ni podrá desfallecer (Ibíd. c. 5).

9. Mientras vivimos estamos empeñados en una lucha continua; oremos sin interrupción, ya que nada hay tan poderoso para quebrantar la furia de nuestros enemigos como la práctica de una oración perseverante (Ibíd. c. 6).

10. Con la oración levantamos una gran fortaleza donde únicamente podemos estar completamente seguros de las asechanzas y ataques de todos nuestros enemigos (In Lc. 9).

11. Yo me atrevo a afirmar que sin la oración no podemos alcanzar la salud eterna, porque la divina misericordia, de quien ella depende, sólo por la oración se nos aplica y obra en nosotros los efectos que son causa de la vida eterna (De Perf. Grad. c. 12).

12. *Todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis* (Mc. 11, 24). Por eso la Iglesia acostumbra a orar unánimemente todas las veces que se ve necesitada de pedir algo al Señor; porque no hay medio tan eficaz sobre el querer divino como la oración, al menos si se hace con fe, serenidad, humildad y perseverancia (Sm. fiesta San Matías).

13. *En la oración debemos pedir lo que nos falta y dar gracias por todos los bienes recibidos.* La acción de gracias es un continuo y constante impulso de la buena voluntad que recuerda con reco-

nocimiento los beneficios de Dios. Ningún deber más necesario que el dar gracias por los dones recibidos, porque al darlas te haces merecedor de otros mayores, al demostrar que no se borran de tu corazón. Aprende, oh, hombre, a no retrasar tu acción de gracias al Señor; aprende a agradecerle cada uno de sus beneficios; piensa con cariño en los favores que el Señor te dispensa, de modo que no se fustre ninguno de sus dones por no haber sido debidamente agradecidos. Consigue que se favorezca continuamente el que tiene siempre ante sus ojos el beneficio recibido. Pero además se siente invitado a cosas más importantes el que tiene costumbre de dar las gracias por las cosas pequeñas, y puede esperar nuevos beneficios en el futuro, el que reconoce los que ha recibido en el pasado. Por lo cual, ¡oh, Señor Jesús, aunque nunca te podré tributar las debidas gracias por los bienes que de ti he recibido, al menos no dejaré de confesar por todas partes que soy incapaz de tributártelas debidamente!; esta confesión es una elemental acción de gracias. (Trat. de la Orac. c. 7.)

14. *De la oración pasamos a la contemplación.* El don de la contemplación es un don extraordinario a pocos concedido; por eso, el que lo posee que lo conserve tenazmente y no lo abandone en lo que le queda de vida, porque seguirá perfeccionándose aún después de esta peregrinación. Conviene advertir, por tanto, que la vida contemplativa aventaja a la activa en muchos aspectos.

En primer lugar, porque la contemplativa se orienta hacia lo mejor, o sea, hacia Dios, mientras la activa mira al prójimo. La vida contemplativa consiste en poseer el amor de Dios con todas las fuerzas del alma, descansar de toda acción exterior, anhelar sólo la unión con el Creador y, pisoteando toda otra clase de preocupaciones, inflamarse en deseos de contemplar el rostro del Señor. Sin embargo, la vida activa, vistiendo al desnudo, acogiendo al peregrino, educando al inferior, redimiendo al cautivo, protegiendo al violentamente oprimido, continuamente se purifica de sus culpas y enriquece su vida con los frutos de las buenas obras.

15. Supera también la vida contemplativa a la activa en esto, en que ve con más claridad; pues el alma que desea los

ocios de la contemplación ve más, pero (en cierto modo) engendra menor número de hijos para Dios. El que se entrega a la tarea de la predicación, ve menos, pero (al menos aparentemente) produce más. Ahora bien, todos reconocen que el que abraza una vida de retiro siente en sí mismo una suavidad inefable que proviene de la celestial sabiduría, y una luz gozosa que brota de las verdades ocultas, y que además esta dedicación a lo espiritual origina múltiples frutos al que está entregado a hacer el bien a la sociedad humana (Ibíd. c. 8).

16. Se ha de orar también con grandes deseos; a la oración ha de acompañar la intensidad del deseo; leemos en el Deut. 4, 29: *Cuando busques al Señor lo encontrarás con tal que lo busques con todo el corazón.* El deseo ardiente es un clamor que Dios escucha. Con todo, no debemos pasar por alto que el alma no siempre consigue al punto lo que pide al Señor con deseos vehementes, y se ve obligada a insistir una y otra vez en la oración. Esto redunda más en provecho que en perjuicio del que ora, pues las peticiones, al parecer desoídas, hacen que el deseo eche raíces más profundas en el alma del que ora. Así el grano de trigo, obligado por el hielo, se robustece más; tardará más en salir a la superficie, pero se desarrollará mejor y dará más fruto. Los deseos santos se intensifican cuando se dilata su realización, y aunque por algún tiempo parece que sufren una contrariedad, eso mismo trae consigo una especial retribución (Ibíd. c. 9).

17. Otra cualidad de la oración es la perseverancia. No merece ser escuchado por el Señor en la oración el que no pide con ánimo confiado y con esfuerzo perseverante. Así como no alcanza el trofeo en una competición el que desfallece antes de llegar a la meta, de igual modo se priva del fruto de la oración el que al orar no se muestre importuno. Claramente nos lo demuestra el Señor al proponernos el ejemplo del juez injusto, que no temía a Dios ni le importaban los hombres, pero que claramente fue vencido por la audacia de la viuda, que consiguió se le hiciese justicia frente a su adversario. Que ninguno de nosotros desfallezca en su oración; que nadie la menosprecie, pues el Señor a quien dirigimos nuestra oración, no la menosprecia; pues no bien ha salido de nuestros labios, ya la está escribiendo

El en su libro: por lo cual podemos esperar, sin que nos quepa la menor duda, una de estas dos cosas: que nos dará lo que le pedimos, o lo que El cree que nos será más útil (Ibíd.)

18. En verdad que la oración tiene una gran fuerza en la presencia de Dios, ya que le es presentada por los ángeles. Y ocurre así con tal de que sea ardiente en caridad, llena de fe, apoyada en una intención recta, acompañada de la humildad, limpia de sórdidos delitos y adornada de buenas obras. Una oración así agrada a Dios, alegra a los ángeles, exhala perfume de santidad, penetra en los cielos, consigue lo que pide, ahuyenta los demonios, vence a los enemigos, cambia a los hombres, repara las fuerzas, fortalece la mente, ilumina el corazón, acerca el alma a Dios, produce devoción, llena de dulzura al orante y, reuniendo los pensamientos dispersos, hace habitar con gozo al que se recoge dentro de sí.

Nadie es capaz de narrar lo poderosa que es la oración asidua del justo, lo necesaria que es para todos y su total conveniencia para los que desean llegar a la perfección. Me atrevo incluso a decir que nadie puede salvarse sin ella, ya que la misma salvación se da por la misericordia de Dios y la mediación de la oración. Así lo indica el Salmista diciendo: "*Bendito sea Dios que no retiró de mí ni mi oración ni su misericordia*" (Sal. 25).

En efecto, van por delante su gracia y su misericordia que justifican al impío, al que Dios también predestinó antes de la constitución del mundo. Pues antes de que existiéramos, por pura bondad nos predestinó y nos dio su gracia en su Hijo amado, nos llamó por su gracia y nos justificó por su misericordia. Tal justificación es la que hace nuestra oración aceptable. Toda nuestra capacidad de obrar el bien y de orar según conviene, hay que atribuirla a la misericordia de Dios y no a nuestros méritos, que sin su gracia no son nada... Pues la oración sin la gracia languidece y muere, pero ayudada por la gracia es de gran provecho: aumenta la gracia, fortalece la justificación e impetra la misericordia. Una vez obtenida ésta, la oración pasa a ser lo primero y se practica con más frecuencia. Es lo que experimentaron quienes merecieron percibir el gusto de la oración y el afecto de la devoción.

Digo esto porque no todo el que ora llega a la cima de la oración. Pues ésta tiene grados por donde ascienden los varones espirituales y se hacen queridos y cercanos a Dios...

Por experiencia comprobada se reconoce como extremadamente recomendable la oración vocal, que es puerta y guía para degustar la mental, y la que se manifiesta en el espíritu, de la que el Señor dice a la Samaritana: *"Mujer créeme, porque viene la ora y ya es en la que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad. Pues a tales busca el Padre que le adoren. Dios es espíritu y los que le adoren deben adorarle en espíritu y verdad".* (Jn.4,21-24. De Perf. Grad. c.12).

SANTA CATALINA DE BOLONIA (m. 1463)

Fue abadesa en un monasterio de religiosas franciscanas con gran aprovechamiento espiritual de las mismas. Escribió varios tratados piadosos. Tuvo frecuentes revelaciones espirituales y anunció con anterioridad el día y hora de su muerte.

No he llegado a este estado sin prolongados martirios; pero la perseverancia en la oración ha sido mi vida, mi alma, mi maestra, mi consuelo, mi refrigerio, mi bien, mi reposo y todas mis riquezas. Ella me ha defendido de los golpes mortales del enemigo; por ella vivo, y como madre me ha alimentado, desterrando del alma toda inestabilidad y tentación: me ha inflamado en el amor divino, induciéndome olvido del mundo: y me parece que por otro medio no se consigue *(P. Malo, Cam. Abrev. de Perf.)*

BEATO ALANO DE LA ROCHE (m. 1474)

El Beato Alano, dominico de Bélgica, fue uno de los más grandes propagadores de la devoción mariana del siglo XV. Dejó escritos innumerables Sermones sobre la Santí-

sima Virgen, *los* Milagros del Rosario, *la* Vida de la Virgen *y un* Comentario del Cantar de los Cantares. *Pero su mayor popularidad se le debe a las* Grandes Promesas que la Santísima Virgen le prometió a los que recen devotamente el Santo Rosario, *y que en resumen son las siguientes:*

1. Quien me sirviere rezando constantemente mi Rosario, recibirá cualquier gracia que me pida.
2. Prometo mi especialísima protección y grandes beneficios a los que devotamente rezaren mi Rosario.
3. El Rosario será un escudo fortísimo contra el infierno, destruirá los vicios, librará de pecados y abatirá la herejía.
4. El Rosario hará germinar las virtudes y que las almas consigan copiosamente la misericordia divina: sustituirá en el corazón de los hombres el amor de Dios al amor del mundo y los elevará a desear las cosas celestiales y eternas. ¡Cuántas almas por este medio se santificarán!
5. El alma que se me encomiende por el Rosario no perecerá.
6. El que con devoción rezare mi Rosario, considerando sus sagrados misterios, no se verá oprimido por la desgracia, ni morirá de muerte desgraciada: se convertirá, si es pecador; perseverará en la gracia, si es justo, y en todo caso será admitido a la vida eterna.
7. Los verdaderos devotos de mi Rosario no morirán sin los auxilios de la Iglesia.
8. Quiero que todos los que rezan mi Rosario tengan en vida y en muerte la luz y la plenitud de la gracia y sean partícipes de los méritos de los bienaventurados.
9. Libraré pronto del purgatorio a las almas devotas del Rosario.
10. Los hijos verdaderos de mi Rosario gozarán en el cielo de una gloria singular.
11. Todo cuanto se pidiere por medio del Rosario se alcanzará prontamente.
12. Socorreré en todas sus necesidades a los que propaguen mi Rosario.

13. He impetrado de mi Hijo que todos los cofrades del Rosario tengan en vida y en muerte como hermanos a todos los bienaventurados de la corte celestial.

14. Los que rezan mi Rosario son todos hijos míos muy amados y hermanos de mi Unigénito Jesús.

15. La devoción al santo Rosario es una señal manifiesta de predestinación a la gloria.

(La Virgen al B. Alano de Rupe, O. P.)

BEATA FRANCISCA DE AMOBOISE (m. 1485)

La Beata Francisca de Amoboise nace en 1427, se casa a los 15 años y se queda viuda a los 30. Estaba decidida a consagrarse a Dios cuando se encuentra con el Beato Juan Soreth que estaba fundando los primeros conventos de la Orden Carmelita femenina. Entonces se hace colaboradora del Beato, por lo que es considerada entre las Carmelitas como Madre y Fundadora.

Dice la Regla que la vida del hombre sobre la tierra es tentación... No hay estado ni lugar tan santo y seguro en que no estemos sujetos a tentación. Este capítulo avisa que estemos siempre en guardia, y da los remedios. Es menester principalmente acudir a Dios, que no ha de faltarnos si algo le rogamos para nuestra salvación. Si El no os da su ayuda del modo en que se lo pedís, os la ha de dar de otra mejor manera. El os dará la fuerza de sobrellevar la tentación, o ha de quitárosla... (Exhortaciones y Ordenanzas, c. 3).

SAN NILO DE SORA (m. 1508)

Nació hacia el 1433, muy joven ingresó en el monasterio de San Cirilo de Bielozersk.

Peregrinó al Monte Athos, centro famoso de tradición hesicasta; allí estudió entusiasta a los Santos Padres, y vuelto a Rusia dejó su monasterio en busca de mayor soledad, estableciéndose en las márgenes del río Sora, donde muy pronto se le agregaron varios discípulos, llegando a formar pequeñas comunidades de oración como había conocido en el Monte Athos.

El gran Barsanufio decía: "Si la actividad interior no fortalece al hombre con la ayuda de Dios, sus trabajos exteriores habrán sido en vano". Y San Isaac el Sirio escribe: "La actividad del cuerpo sin la del espíritu, puede compararse a pechos secos o entrañas estériles, pues la sabiduría de Dios no llega hasta ella". Muchos otros de los Padres hicieron parecidas observaciones y todos están de acuerdo en este punto, que sin mucha oración, no conseguiremos la victoria contra nuestras pasiones.

Y si a pesar de la oración interior, los pensamientos importunos aumentan y se multiplican, y tu mente es incapaz de defender tu corazón, debes recitar una oración vocal con intensa aplicación y paciencia. Y si te sientes perezoso y fatigado, entonces llama a Dios en tu ayuda y oblígate a ti mismo a seguir orando con todas tus fuerzas...

San Marcos Ermitaño nos ha dado una regla para estos ejercicios y nos aconseja orar una hora, luego leer otra y en esta forma pasar el día. Pero si tu oración se llena de la dulzura de la divina gracia y eres consciente de su acción en tu corazón, entonces es aconsejable que perseveres en ella. Cuando te des cuenta de la continua acción de la oración de tu corazón, no la interrumpas ni te levantes para cantar por temor de que te abandone por tu propia negligencia. Pues dejar a Dios dentro de ti para llamarlo desde fuera es como inclinarse sobre un abismo...

Aun cuando estemos ocupados en cosas necesarias, nuestras mentes deben estar absorbidas por la oración y llenas del temor de Dios... El pensar en Dios, es decir, la oración mental, está por encima de todas las acciones y es la principal de todas las virtudes, puesto que ella es amor a Dios. (Regla monástica.)

GARCIA JIMENEZ DE CISNEROS (m. 1510)

García Jiménez de Cisneros, natural de Toledo, fue primo hermano del famoso cardenal Cisneros. En 1475 ingresó en el monasterio de San Benito el Real de Valladolid. De allí pasó al monasterio de Montserrat, del que fue primer abad reformado. Su obra principal fue el "Ejercitatorio de la Vida Espiritual", *obra excelente que ha sido reimpresa varias veces.*

Del provecho que los contemplativos traen a los demás

Las personas contemplativas aprovechan mucho a los otros y a sí mismas. Lo primero es por el buen ejemplo que dan, predicando (no con palabras, sino) con los hechos y las obras que Dios debe ser amado sobre todas las cosas, y que todo lo demás es vanidad, y esto es importante, porque la gente confía más en las obras que en las palabras.

Pero además, los contemplativos con sus devotas oraciones impetran bienes para todos, incluso a los mundanos y malos le pueden conseguir grandes bienes, como puede ser la paz del reino o cosa semejante; pues como sea que ningún bien se obtiene sin gracia especial de Dios, la cual más pronto impetran los buenos contemplativos que los activos.

Las almas contemplativas son como los ojos del cuerpo místico, del que todos somos miembros, y ellos son los que dan luz a todos los otros miembros. Y por tanto, aunque los ojos no trabajen como las manos y los pies, no obstante nadie podrá negar su utilidad.

Los contemplativos son destinados a referir a Dios y enderezar las obras de todos los que por ellos son iluminados y elevados en las cosas espirituales, pues los que lo son, por sí mismos sabrán y podrán siempre ordenar todo lo que hacen a Dios como a su fin, aunque estén en el siglo. Por eso no digo que en caso de necesidad la persona contemplativa no haya de dejar su contemplación para socorrer la necesidad de otro. No obstante, el que pudiese tener una vida, parte contemplativa y parte acti-

va, conjunta y perfectamente, como la tuvieron San Gregorio, San Bernardo y otros, sería mejor; pues quien bien mirase cuanto excede la excelencia del alma y de los bienes espirituales sobre los cuerpos, claramente comprendería que más aprovecha a toda la Iglesia la oración devota de un solo contemplativo, que la que puedan hacer doscientas personas de vida activa, si no están ocupados en ella por obediencia, para socorrer las necesidades de los otros...

Y así digo que si alguno por instinto del Espíritu Santo se sintiese inclinado o movido a seguir la vida contemplativa..., el tal sin vituperio de la vida activa, podrá dedicarse a la vida contemplativa, y esto será con alabanza, y no recibirá de ello pequeño galardón, a no ser que no pudiera por obediencia a su prelado, o a ejercitar algún oficio público, o en caso de urgente necesidad; digo "urgente necesidad" cuando fuese verosímil que algunos podrían perecer si por él no fuesen socorridos. (Ejercitatorio c. 41.)

SAN CAYETANO DE TIENE (m. 1547)

San Cayetano nació en Vicenza el 1480, hijo de los Condes de Tiene. Cursó estudios superiores en la Universidad de Padua, siendo investido doctor en ambos derechos. Fue miembro activo del Oratorio de Amor Divino, y por humildad no accedió al sacerdocio hasta los cuarenta años. Fundó la Orden de Clérigos regulares, o Teatinos, destinada a glorificar a la Divina Providencia. Murió el 7 de agosto de 1547.

1. Soy pecador, hija mía, y tengo en poca estima mis méritos. Pero recurro a los siervos del Señor para que rueguen por ti a Jesucristo y a su Madre. Mas advierte que todos los santos no pueden hacerte tan agradable a Cristo, como lo puedes tú misma. De tu voluntad depende, y si quieres que Cristo te ame, y eficazmente te ayude, ámale tú, encamina tu voluntad a complacerle en todo y siempre, y aunque fueras abandonada de todos

los santos del cielo y de todas las criaturas, no dudes, *que si tú se lo pides*, El te ayudará en todas tus necesidades.

Sabe, hija mía, que estamos en este mundo, como peregrinos, de viaje. Nuestra patria es el cielo. El que se embriaga en los goces de esta vida pierde el camino y va a la muerte. Mientras estamos aquí tenemos que conquistar la vida eterna. Pero nosotros solos no podemos. Jesucristo nos la ha reconquistado. Deber nuestro es *pedirle ayuda*, darle gracias, amarle, obedecerle, permanecer *en oración* a su lado cuanto nos sea posible.

2. El se nos ha dado en comida. ¡Infeliz el cristiano que ignora este don!... ¡Ay de aquel que no cuida de recibirlo!

El bien que deseas para mí, para ti lo quiero, hija mía. Pero un solo medio existe para su completa posesión: La oración constante a la Virgen María...

No temas pecar de audaz rogándole quiera darte a su Hijo, verdadero manjar de tu alma, en el Santísimo Sacramento. (Cta. a Isabel de Tiene, 10-7-1522.)

Puedes pedir a Dios cuantas gracias se te ocurran, pero no esperes alcanzarlas si no media la intercesión de la Santísima Virgen *(Cit. P. Melús, María Siempre).*

SANTO TOMAS DE VILLANUEVA (m. 1555)

Santo Tomás de Villanueva, Arzobispo de Valencia, se distinguió principalmente por su amor a los pobres y su extremada pobreza. Todo lo que le daban inmediatamente iba a parar a los más pobres. Incluso regaló su cama antes de morir y pidió permiso para poder morir en ella.

1. Es necesario a todo fiel cristiano que no se le pase algún día sin tener algún rato de lectura espiritual, meditación y oración; y si fuere posible que lo hiciere tres veces al día, mejor. Porque la lectura santa le muestra el camino del cielo, la meditación lo anda y la oración lo consigue. A la lectura sigue la meditación profunda, y a la meditación acompaña la oración humil-

de con gran confianza de alcanzar lo que pide, perseverando en ella con gran ahínco, y confesando y comulgando muy a menudo (Mod. Brev. de Serv. a N.S.).

La oración es como el calor natural del estómago, sin el cual es imposible conservar la vida ni ser algún manjar de provecho.

2. *Por María entramos en el cielo.*—¿Quién podrá responder a la pregunta ¿quién es María? Porque aunque todas las estrellas se convirtiesen en lenguas, y las arenas del mar en palabras, no se podría esclarecer como se merece la dignidad de María...

¡Oh, puerta feliz, por la cual entró Dios en el mundo y entra el hombre en el cielo! Tú eres puerta del cielo y puerta del mundo. Porque por esta puerta entra Dios en el mundo, y por la misma entra el justo en el cielo: la Madre de Dios para todos ha sido hecha puerta.

Y Tú, oh, Señora nuestra, consoladora nuestra, mediadora nuestra, mira cómo acudimos con nuestros ruegos todos a Ti... Todos anhelamos venerarte y alabarte con espíritu devoto y sincero y acudimos a Ti como a común refugio de todos (Cit. P. Melús).

3. *Necesidad de la oración:* Tenemos dos motivos que nos fuerzan a pedir; primero, que para salvarnos necesitamos la ayuda de Dios; segundo, que Dios solamente promete su ayuda a aquellos que se lo piden por la oración.

En cuanto a lo primero, San Juan Crisóstomo se pregunta que por qué el hombre viene a este mundo mucho más débil e incapacitado de valerse por sí mismo que los animales. A esta pregunta contesta Aristóteles con una respuesta filosófica, diciendo que Dios al hombre le ha dado la inteligencia para suplir esta falta de fuerzas. Pero San Juan Crisóstomo contesta teológicamente, diciendo que, si nacemos débiles, es porque tenemos a nuestra mano el poder de la oración, con lo que nuestra debilidad nos lleva a confiar en Dios, y cuanto más flacos nos consideremos, con mayor fuerza nos apoyaremos en Dios.

La segunda razón se deriva de la bondad de Dios y su liberalidad, que no solamente está dispuesto a darnos, sino que nos manda que le pidamos y hasta nos castiga si no lo hacemos.

Dice el Señor: "*Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis... (Jn. 16, 24).* Sólo hay una cosa que supere

nuestro deseo de recibir: el deseo que Dios tiene de darnos sus dones. Dios quiere perfeccionarnos, mucho más que nosotros deseamos la perfección.

San Dionisio dice que el bien es expansivo, y que Dios desea tanto comunicarnos sus dones y enriquecernos con su gloria que, si encuentra de parte nuestra oposición, nos amenaza con el fuego eterno.

¡Hombre, no seas necio!, oye al Esposo del Cantar de los Cantares: "*Abreme, hermana mía, esposa mía..., que está mi cabeza cubierta de rocío,* del rocío de las gracias que quiero darte (Cant. 5, 2).

4. *Eficacia de la oración:* La eficacia de la oración siempre depende de nosotros, pues si no recibimos lo que pedimos, es porque pedimos mal.

Santiago dice que si no recibimos cuando pedimos, es porque pedimos mal (4, 3), y pedimos mal cuando pedimos cosas contrarias a nuestra salvación, en cuyo caso Dios nos niega por su bondad, lo que solamente podría concedernos si nos odiara.

Por tanto, solamente debemos pedir absolutamente los bienes espirituales y eternos, y si pedimos algo material, debemos hacerlo con la condición *si nos convienen.*

5. La eficacia de la oración es infalible, cuando aceptando la voluntad de Dios, pedimos ayuda para cumplir lo que nos manda.

Por eso dijo: "*Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que quisiereis y se os dará* (Jn. 15, 7). Y el mismo evangelista, en su primera Epístola (3, 21), lo corrobora, diciendo: *Carísimos: si el corazón no nos arguye, podemos pedir confiados a Dios, y si pedimos, recibiremos de El, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que es grato a su presencia.* ¿Cómo va a atender Dios a unos labios que piden misericordia, cuando al mismo tiempo con las obras está clamando venganza? Las obras son más poderosas que las palabras. (Obras, París, 1863, t. 5 p. 233).

SAN IGNACIO DE LOYOLA (m. 1556)

San Ignacio de Loyola es, sin duda, uno de los santos más importantes de la Iglesia

Católica, por ser el fundador de la Compañía de Jesús que tanto bien ha hecho a la Iglesia y tantos santos ha engendrado para Dios. Su obra literaria principal es los Ejercicios Espirituales, conocidos y practicados hasta hoy en el mundo entero por todos los grupos católicos que desean seriamente asegurar la salvación.

1. Dice (el maestro Polanco) que en ninguna religión hay menos oración. Si entiende que el instituto de la Compañía tenga limitado tiempo más breve que las otras, no tiene razón; porque en la nuestra no hay cosa limitada. Y si entiende que los religiosos en ninguna oren menos que aquí, es falso, vista la práctica...

Que oración de una o dos horas no es oración, y que son necesarias más horas, es mala doctrina, contra lo que han sentido y practicado los santos: En primer lugar tenemos el ejemplo de Cristo, que, aunque a veces haya pernoctado (toda la noche) en oración, otras no estaba tanto...

Veamos (por ejemplo) la oración que El mismo nos enseñó, que pues Cristo la llama oración, aunque sea tan breve, ni se pase de una ni dos horas en decirla, no se debe negar que sea oración.

Y otro ejemplo (tenemos) en los Santos Padres anacoretas, que comúnmente tenían oraciones que no llegaban a una hora, como puede verse en Casiano, etc...

Véase asimismo hoy día en la práctica de los fieles que, aun entre los más devotos, pocos llegan a tener de una vez dos horas de oración.

Si oración es pedir a Dios lo que nos conviene y, por definirla más generalmente, es "la elevación de la mente a Dios, por afecto piadoso y humilde", y si esto se puede hacer en menos de dos horas, y aunque media también, ¿cómo, pues, quiere excluir del hombre y decir que no es oración las que no pasan de una o dos horas?

En ese caso, las oraciones "jaculatorias" tan alabadas por San Agustín y otros santos, no serían oraciones.

¿Cómo quiere que los estudiantes que, por el divino servicio y bien de la Iglesia tienen que estudiar, puedan gastar tanto tiempo en la oración?... (Carta a S. Francisco de Borja).

2. Procure no olvidarse de sí por atender a los demás, no queriendo cometer un mínimo pecado por todo el provecho apostólico posible, ni aun ponerse en peligro... Para defenderse de todo mal y conseguir todas las virtudes, con la cual tanto más podrá atraer a los demás a ella, deberá tener cada día algún tiempo para sí, para examinarse, hacer oración, usar los sacramentos, etc. (Carta a los PP.)

No puedo dejar de recordarle la frecuencia de los santos sacramentos, la lectura de libros piadosos, la oración con el recogimiento que pueda, tomando para sí cada día algún tiempo para alimentarse espiritualmente (Al Sr. A. Enríquez).

Como más se ayuda al prójimo es con los deseos ante Dios nuestro Señor y oraciones por toda la Iglesia, y en especial por los que son de más importancia para el bien común de ella..., para que Dios los disponga a todos a recibir su gracia (Const.)

SAN PEDRO DE ALCANTARA (m. 1562)

San Pedro de Alcántara, reformador franciscano, penitentísimo y maestro de almas de oración, fue uno de los que más ayudó a Santa Teresa en su Reforma, y por quien la Santa tenía especial devoción.

1. Notoria cosa es que uno de los mayores impedimentos que el hombre tiene para alcanzar su última felicidad y bienaventuranza, es la mala inclinación de su corazón, y la dificultad y pesadumbre que tiene para obrar el bien; porque si no estuviera esto por medio, facilísima cosa le sería correr por el camino de las virtudes y alcanzar el fin para que fue creado. Por lo cual dijo el Apóstol: *Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior; pero veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente y me arrastra hacia la ley del pecado que está en los miembros de mi cuerpo (Rm. 7, 22-23).* Esta es, pues, la causa más universal que hay de todo nuestro mal. Pues para quitar esta pesadumbre y dificultad y facilitar este negocio, una de las cosas que más

aprovechan es la devoción. Porque, como dice Santo Tomás: no es otra cosa *devoción* sino una "prontitud y ligereza para bien obrar", la cual despide de nuestra alma toda esa dificultad y pesadumbre y nos hace prontos y ligeros para todo bien.

2. Porque *la devoción* es una refección espiritual, un refresco y rocío del cielo, un soplo y aliento del Espíritu Santo y un afecto sobrenatural; el cual, de manera regala, esfuerza y transforma el corazón del hombre, que le pone nuevo gusto y aliento para las cosas espirituales, y nuevo disgusto y aborrecimiento de las sensuales. Lo cual nos muestra la experiencia de cada día, porque al tiempo que una persona espiritual sale de una profunda y devota oración, allí se le renuevan todos los buenos propósitos; allí son los favores y determinaciones de bien obrar; allí el deseo de agradar y amar a un Señor tan bueno y dulce como allí se le ha mostrado, y de padecer nuevos trabajos y asperezas, y aun derramar sangre por El; y, finalmente, reverdece y se renueva toda la frescura de nuestra alma.

3. Y si me preguntas por qué medio se alcanza ese tan poderoso y tan notable afecto de devoción, a esto responde el mismo santo doctor, diciendo: que por la meditación y contemplación de las cosas divinas. Porque la profunda meditación y consideración de ellas, redunda este afecto y meditación y sentimiento en la voluntad, que llamamos devoción, el cual nos incita y mueve a todo bien.

Por eso es tan alabado y encomendado este santo ejercicio de todos los santos; porque es medio para alcanzar la devoción, la cual, aunque no es más que una sola virtud, nos habilita y mueve a todas las otras virtudes, y es como un estímulo general para todas ellas.

Es imposible la mortificación de nuestro cuerpo, y mucho más la mortificación de la propia voluntad sin los consuelos y regalos que Dios concede al alma por medio de la oración *(Trat. Oración).*

VENERABLE LUDOVICO BLOSIO (m. 1566)

Nació en 1506, ingresó en la Orden Benedictina y a los 24 años fue nombrado

abad y reformó la abadía de Liessies por la práctica de la meditación y de los otros ejercicios de vida interior. Fue un gran contemplativo, asiduo lector del Beato Susón y de Taulero. Bajo su dirección la abadía de Liessies se convirtió en un vivero de Santos. Escribió Institutio spiritualis, Consolatio pusillanimum, Conclave animae fidelis, y Speculum spirituale.

1. Todos deben aspirar a la mística unión con Dios... Porque quien ésta lograse, encontraría y *sentiría* dentro de sí mismo a Aquel, cuya dulce presencia le colmaría de bienes y le llenaría de goces inefables. (Instit. spirit. c. 1.)

Dichoso el hombre que llega a ver brotar en el fondo de su alma la fuente de aguas vivas, aunque para esto haya tenido que cavar y ahondar durante muchos años. ¡Qué extraño que haya que esperar a la puerta de la cámara del Rey Eterno y haya que llamar por largo tiempo antes de ser admitidos a su unión!... Así es como llegaremos a lo que es el *fin de todos los ejercicios, de todos los preceptos y de todas las Escrituras* (Instit. spirit., c. 22 n. 4).

El hombre que, junto con el cuidado de mortificarse, une la perseverancia y el celo en el ejercicio del recogimiento, de la oración mental y de las santas aspiraciones, alcanzará, por fin, la pureza, la simplicidad, la pobreza, la libertad de un corazón elevado por encima de todo lo transitorio y fuertemente unido a Dios, y así reposará en la unidad de espíritu con el Señor y llegará a la cumbre misma de la perfección; porque, elevado por un purísimo amor, sobre las imágenes y sobre toda suerte de formas y adornado en alto grado con todas las riquezas de la vida mística, quedará arrebatado en Dios, y, absorto venturosamente en El, encontrará ya en este mundo el paraíso. Será admitido, digo, a esta unión divina, que excede a todo conocimiento...; quedará del todo transformado en Dios, y así en Espíritu Santo vivirá sobrenaturalmente en El como vivía en los Apóstoles (Brevis regula tyron. spiritual. n. 5).

2. Si el alma devota se ejercita de continuo en tender a Dios con fervientes aspiraciones; si con internos coloquios y amorosos deseos trata incesantemente de unirse a El y persevera constantemente en la mortificación y negación de sí misma, de suerte que ni por los muchos trabajos ni por las innumerables distracciones abandone su santo propósito, no hay duda que llegará a la mística unión, si no en vida, al menos cerca de la muerte... Persevere, pues, el asceta pidiendo, buscando, llamando y *esperando con longanimidad.* (Inst. spir., c. 12 n. 1.)

Mucho son de lamentar los que, derramados en las cosas sensibles, pasan toda la vida contentos con sólo los ejercicios exteriores, olvidándose del fondo de su alma y de aquella venturosa unión con Dios. Teniendo en poco la verdadera mortificación, se ocupan tan sólo de cosas menos necesarias; y así muy poco o nada aprovechan en el espíritu y siempre están llenos de lodo, mientras con el corazón, cuando no también con la boca, dicen: "Unase a Dios quien quiera, que nosotros no nos cuidamos de eso, pues no nos creemos llamados"... Buenos son y gratos a Dios los ejercicios exteriores... Pero, sin comparación, valen más los interiores, los fervientes deseos con que el alma se dirige a Dios, no por los sentidos o imágenes, sino de un modo sobrenatural para unírsele íntimamente... Los que esta unión descuidan, después de pasar una vida tan viciada de imperfecciones, tendrán que sufrir en el Purgatorio tanto mayores penas cuanto más aquí se buscaron a sí mismos... Dios desea obrar en ellos, y espera a ver si por fin los halla preparados y libres de obstáculos. Pero entre tanto los deja en sus ejercicios y pareceres, pues no quiere forzar a nadie, aunque tanto desea atraerlos a todos a su conocimiento y unirlos consigo, si ellos no lo estorbasen. (Instit. spir., c. 5, 24.)

De qué modo han de soportarse las distracciones y la desolación en la oración.—Si no puedes tener recogido el corazón, no pierdas el ánimo; sino hazte fuerza con suavidad, y haz lo que buenamente pudieres, dejando lo demás a la divina voluntad. Persevera en Dios con devoto afecto, y en alguna manera serán para consolarte aun esos mismos defectos que no puedes excusar. Porque así como la tierra que es de buen natural da mucho más

fruto si le echan estiércol; ni más ni menos el alma de buena voluntad, a su tiempo recibirá el dulcísimo fruto de los regalos de Dios, si los sufre con paciencia. Impacientarse por no poder concentrarse es falta de humildad y amor propio. Si tú estás reverente, dispuesto a cumplir su voluntad, cumplido tienes con Dios. No te culpará por esa inconstancia, si tú no le das consentimiento y si haces lo que puedes. Si no puedes ofrecer sacrificio perfecto, ofrece al menos buena voluntad. Ofrece con espíritu humilde tu buena intención, y ya no tendrá el demonio de qué calumniarte, ni de qué burlarse de ti.

Confía que no perderás tu galardón, aunque no hayas podido ofrecer otra cosa más de que con un temor santo, con el cuerpo y con el alma, asistes a servir al Señor.

Empero, ¡ay de tu alma, si fueres negligente y remiso y no procurares estar atento! Porque escrito está: *Maldito el hombre que hace la obra de Dios con negligencia* (Jer. 48). Trabaja por ser solícito de manera que des lo que puedes dar; y estarás seguro, si no puedes dar lo que deseas. Con esta seguridad no te turbes cuando se te ofrecen impedimentos y no puedes dar todo lo que querrías dar.

Digo, pues, que cuando te aflige la distracción de los sentidos, el abatimiento del ánimo, la sequedad del corazón, el dolor de la cabeza, u otra cualquiera miseria o tentación, guárdate de decir: "Estoy desamparado, el Señor me ha desechado, no le da gusto mi servicio". Estas palabras suelen proferirlas los hijos de la desconfianza. Lleva, pues, todas estas cosas con ánimo sufrido y alegre, por amor de Aquel que te llamó y escogió, creyendo sin duda que *El está cerca de los que tienen el corazón atribulado* (Sal. 23). Porque si con humildad y sin murmuración llevares la carga que te pusieren, no se puede explicar cuánto peso de gloria amontonarás para la vida venidera (Rm. 8, 18). Entonces podrás decir a Dios de veras: "*Estoy hecho un jumento en tu presencia, aunque siempre estoy a tu lado*" (Sal. 72).

Si lleno de dulzura interior y levantado sobre ti mismo volares hasta el tercer cielo, y allí gozares de la conversación de los ángeles, no harás tanto como si con afecto sufrieres alguna molestia o desamparo del corazón por amor de Dios, y te con-

formares con el mismo Salvador, el cual, estando en suma tristeza, congoja, temor y angustia, dijo a su Padre: "*Hágase tu voluntad*". Y estando crucificado, las manos y pies atravesados con clavos, no tuvo donde reclinar la cabeza, y, finalmente sufrió por causa tuya con grandísimo amor todos los dolores y afrentas de su amarga pasión. Así que ten ánimo y espera en silencio, hasta que Dios lo ordene de otra manera. Pues verdaderamente, el día del juicio no se te pedirá cuenta de la dulzura que aquí hubieres sentido, sino de cuán fiel hayas sido en el servicio y amor de Dios (Mt. 26).

Muchos de los que se llaman siervos de Dios, le sirven infielmente, y pocos le sirven con fidelidad. Los siervos desleales, mientras tienen presente la devoción sensible y la gracia de las lágrimas, sirven a Dios con alegría, oran de buena gana y perseveran con gusto en cualesquiera obras buenas, y parece que poseen una profunda paz de corazón. Pero resulta que retirándoles Dios aquella devoción sensible, luego se turban y enojan, se hacen desabridos e impacientes, y después abandonan la oración y todos los ejercicios de piedad...

Muy de otra manera se comportan los siervos leales, porque no se buscan a sí mismos, sino a Dios; no ponen los ojos en su consuelo, sino en la voluntad y honra de Dios, huyendo en todas las cosas de su propio gusto. Por eso, no cambian y siempre se ven iguales, ora les quite Dios la suavidad interior, ora no se la quite, y perseverando con igualdad de ánimo, nunca cesan de amar y alabar a Dios. Ni las tinieblas interiores, ni la dificultad en recoger los sentidos, ni la frialdad de los afectos, ni la sequedad de corazón, ni el derribamiento del ánimo, ni el estarse el espíritu intedurmiendo, ni las angustias de las tentaciones, y finalmente, ningún suceso próspero ni adverso, los podrá derribar del lugar que tienen, ni aun alterarlos. Porque aunque a veces sientan alguna tristeza desordenada por alguna tribulación, o algún ímpetu de deleite sensual por alguna prosperidad, pero no son derribados; porque procuran perseverar quietos en la parte superior del alma, y conforman su voluntad con la voluntad de Dios... (Esp. del Alma Relig., c. 2).

El Señor dijo a Santa Catalina: "Hija, razón es que sepas que el alma que persevera en una humilde y fiel oración, alcanza todas las virtudes. Y así, en ninguna manera se ha de tener en poco ni dejar el ejercicio de la oración por muchas contradicciones que haya, ora procedan de ilusiones o engaños de Satanás, ora de la propia flaqueza, ora de pensamientos torpes, ora de estímulos desordenados y de algún movimiento carnal. Porque el demonio de continuo procura molestar más con diversas imágenes y fantasmas al tiempo de la oración que fuera de ella. Y entonces con gran astucia trata de hacer creer al que está orando, que no le sirve de nada aquella oración, porque no está bien recogido y concentrado en lo que ora. El malicioso enemigo procura persuadirle de esto, para que el que está orando caiga en el desabrimiento y confusión de alma, y así deje el ejercicio de la oración, la cual es una armadura fortísima contra todos los enemigos. ¡Oh, cuán provechosa es al alma, y a mí cuán agradable la oración que siendo con caridad, va acompañada del conocimiento de su propia vileza y de mi bondad" (Tract. 2, c. 66).

Guárdese el que ora de no distraerse voluntariamente y adrede por grave negligencia, al tiempo que está en ese ejercicio; asimismo se guarde de no dejar la oración aunque no sienta en ella algún consuelo. Sin duda que cuando la distracción le viene sin su propio consentimiento y contra su voluntad, no quita el fruto y utilidad de la oración, como tampoco se lo quita la sequedad del corazón cuando hay buena voluntad.

Acerca de esto dijo una vez el Señor a Santa Gertrudis: "Yo querría que mis siervos estuviesen persuadidos de que todos los buenos ejercicios y obras me agradan mucho, cuando ellos gastan de lo suyo y me sirven a su costa; y aquellos me sirven a su costa, que aunque no sientan gusto de devoción, con todo eso, como pueden, perseveran en sus oraciones, confiando en mi clemencia y bondad de que los recibiré de muy buena gana y con mucho gusto, semejantes servicios (Lib. 3. Insin. c. 18). Muchos hay que si les concediese el gusto y consuelo interior, no les aprovecharía para su salvación, y se les disminuiría su merecimiento".

Algunas veces padece el hombre tanta inconstancia del alma, que si orando o meditando quiere levantar su corazón a Dios o fijarlo en algún buen pensamiento, luego es echado de allí... Pues el hombre de buena voluntad, no debe turbarse demasiadamente por lo inconstante de sus pensamientos; mas cuando ora, haga buenamente lo que es de su parte, y persevere con humildad y paciencia, porque así su oración será muy del agrado de Dios.

Cerca de esto enseñó Dios a Santa Gertrudis, que cuando alguno orando, meditando y contemplando, endereza santamente su intención y sus pensamientos a Dios, entonces delante del trono de la gloria, le presenta el mismo Dios una especie de espejo de admirable resplandor, en el cual el Señor que nos envía todos los bienes, contempla su imagen con grandísima alegría. Y cuando el hombre por los grandes impedimentos y por la inconstancia de su corazón hace esto con mayor dificultad, cuanto más y con mayor paciencia trabaja, tanto más hermoso y más claro parece aquel espejo en el acatamiento de la Santísima Trinidad y de todos los santos.

Por ello, estando Santa Brígida en oración, como fuese fatigada de tentaciones, la gloriosísima Virgen María, Madre de Dios, le dijo: "El demonio que es un espía envidioso, busca cómo impedirles a los buenos su oración, cuando están orando. Empero tú, hija, persevera en el deseo o buena voluntad y en el ánimo de que pones todo cuanto pudieres, por más que seas molestada de tentaciones entre tanto que oras; porque tu buen deseo y ese trabajo que pones será estimado como perfecta oración. Aunque no hayas podido echar los malos y torpes pensamientos que acuden a tu corazón; mas por aquella fuerza y buena voluntad que en esto pones, recibirás tu corona en el cielo; tanto te pueden aprovechar las molestias, con tal de que no le des consentimiento". (Joyel Espiritual, c. 3).

SAN JUAN DE AVILA (m. 1569)

El Santo Maestro Juan de Avila, apóstol de Andalucía, es una de las lumbreras más

importantes del siglo XVI. Contribuyó a la conversión de San Juan de Dios y de innumerables penitentes. Estuvo en contacto con Santa Teresa, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja, San Pedro de Alcántara, una verdadera constelación de santos que ahora veneramos en los altares. Su voz resonó en Trento ante los obispos del mundo a través de sus memoriales para el concilio y sus doctísimos escritos.

1. Los que se esfuerzan en tener cuidado de sí en hacer obras agradables a Dios y se descuidan de hacer bien la oración, con sola una mano nadan; con sola una mano pelean y andan con un solo pie; porque el Señor dos cosas nos enseñó ser necesarias cuando dijo: "*Velad y orad para que no entréis en tentación* (Mt. 26). Y lo mismo nos dijo por San Lucas: "*Velad, pues, orando en todo tiempo a fin de merecer el evitar todos estos males venideros...* (Lc. 21, 36).

Y os quiero avisar del error de algunos que piensan que porque dijo San Pablo (Rm. 3): "*Quiero que los varones oren en todo lugar*", que piensan que basta con mezclar la oración con todo lo que se haga, sin ser necesario consagrar un tiempo determinado exclusivamente a la oración. Bueno es orar en todo lugar, mas no nos hemos de contentar con aquello si hemos de imitar a Jesucristo nuestro Señor y a lo que sus Santos han dicho y hecho en el negocio de la oración. Y aun más: Podéis tener por cierto, que ninguno sabrá provechosamente orar en todo lugar, sino quien primero no hubiere aprendido este oficio en lugar particular, y gastado en él bastante espacio de tiempo. ¡Oh Dios mío! ¿Por qué no se huelgan los hombres de estar con Dios, pues El tiene sus deleites en estarse con los hijos de los hombres? (Audie Filia).

2. No sé con qué conciencia se puede ordenar alguien de sacerdote si no tiene don de oración, pues que de la doctrina de los santos y de la Sagrada Escritura, parece que el sacerdote tiene por oficio orar por el pueblo; y este orar, para ser bien hecho, pide ejercicio, costumbre y santidad de vida, aparta-

miento de cuidados y, sobre todo, es obra del Espíritu Santo y don suyo particular... Pues quien pretende ser ordenado sin tener don de oración, lo hace muy mal, y mucho peor el prelado si ordena sin examinar en esto; porque, como maestro y guía, y por la mucha experiencia que ha de tener sobre la fuerza y provecho de la oración, que, como dice San Gregorio, ha de tener tanta experiencia de que su oración es tan poderosa delante de Dios que alcanza lo que pide. Debe, pues, desengañar al que, sin tener este don, se quiere ordenar, porque no vaya sobre él la falta del otro (Pl. a sac.)

3. *Regla de vida para un sacerdote*

(A un sacerdote que le pide consejo, le dice): Digo que el ejercicio principal de vuestra merced, por ahora, debe ser en quitar los ojos de la enmienda de la vida ajena y ponerlos en la suya y rogar a otros que le ayuden. Y la regla particular que para esto me pide, me parece que debe ser ésta: recogerse cada noche en tocando la oración del *Ave María*, o un poquito antes, e hincadas las rodillas, diga el *Confiteor Deo* y el salmo *Miserere mei*; hiriendo sus pechos, confiese al Señor su propia iniquidad y pecados, pidiéndole misericordia por el sacrificio de la pasión de su Hijo... Y luego (le dice cómo debe hacer la oración mental, para terminar, diciendo)

Esto es en lo que se debe de ocupar desde en anocheciendo hasta pasadas dos buenas horas... y luego, coma un bocado de cosa liviana, porque así ha de ser la cena que en manera ninguna dé pesadumbre al alma para entender en la oración...

Digo que, después de haber tomado el bocado, debe rezar vocalmente alguna cosilla y leer algo que más le incite a devoción... y entonces, aparéjese un poquito para dormir.

Acostándose a las diez, dormirá hasta las tres en que se levantará para Maitines, y luego se recogerá en oración por espacio de casi dos horas. Después puede descansar hasta las seis o seis y media.

Después rece prima, tercia y sexta, y póngase en oración, aparejándose para la Misa... Acabada la Misa, recójase de nuevo media hora para dar gracias y holgarse con Aquél que tiene en sus entrañas... (*Carta 5*).

4. Lo *primero* que debe hacer el que desea agradar a nuestro Señor, es tener buenos ratos entre día y noche diputados para la oración... Ha de pedir siempre a Dios perseverancia, acordándose del dicho de nuestro Redentor: *El que persevere hasta el fin se salvará* (Mt. 10, 22; 24, 13). (Reg. de Vid.)

5. Las armas ofensivas y defensivas contra los demonios, son la oración, la cual él os querría quitar, porque con ella lo tenéis desarmado. (Dial. in conf. et penit.)

6. Para aprovechar en la oración, son importantísimas dos cosas: Primera, que no dejéis las horas acostumbradas por ninguna ocasión que se ofrezca, si no fuere cosa de obligación, o muy grande necesidad, o por no poder más. Segundo, que os preparéis pensando qué vais a hacer, que es hablar y negociar a Dios, donde, si bien lo hacéis, alcanzaréis mayores mercedes que valen todos los señoríos del mundo... (Ibíd.)

7. Las recetas generales que se deben dar a los que quieren servir a nuestro Señor son cuatro:

Primera: la frecuencia de los sacramentos de confesión y comunión.

Segunda: la lectura espiritual...

Tercera: la oración, por la mañana y por la tarde o noche. (Carta 1).

8. No sé cómo os va la oración, y no quisiera que os fuese mal; porque si en ella aflojáis, será tal vuestra flaqueza que no podréis vencer las tentaciones. Toda vuestra fuerza está en Dios; que de vos sólo tenéis caídas y pecados. Y Dios solamente da su fuerza a quien en la oración es vigilante. Hermana: desocupaos de las conversaciones con las criaturas para tenerlas con el Creador; que tenerlas entrambas, ya sabéis que no puede ser... (Carta 48).

9. Los ejercicios de penitencia, oración y lectura espiritual y frecuencia de sacramentos, no se dejen, aunque se hagan secamente (Carta 146).

10. Algunos tienen actos de oración y no vida de hombres de oración. La oración ha de ir acompañada de buenas obras de caridad, de ayunos y disciplinas. Porque, ¿de qué le aprovechará a uno llorar un rato (en la oración) si después se pasa todo el día

en charlas (inútiles), en risas y vanidades? Esa vida no es de hombre que ora, porque el que ora de verdad se ha de guardar todo el día de no ofender a Dios y de no dejar de pedir: "Dadme, Señor, vuestro conocimiento" (*Serm.* 63).

11. Se ha de enseñar al pueblo que tiene un Dios del que ha de recibir todos los bienes, y que en sus manos está el remedio de todas nuestras necesidades... que es piadosísimo y fidelísimo para los que acuden a El... y que tiene más gana de dar que nosotros de pedirle. Y de esto ha de nacer en nosotros una gran confianza de que alcanzaremos todo lo que pidamos, porque esta confianza es importantísima para alcanzar cuanto pidiéramos, y por falta de ella son nuestras oraciones tan sin fruto, pues por falta de verdadera confianza es por lo que nuestras oraciones no tienen fruto. No sería así, si orásemos con una confianza grande de que Dios nos ha de conceder todo lo que le pedimos para nuestra salvación.

Esto es lo que dice Santiago: *Quien tenga falta de sabiduría, que se la pida a Dios; pero que la pida con fe*. Y Santo Tomás enseña que puede ser que uno con menos caridad que otro, alcance más en la oración, por tener más fe, aunque menos caridad... El confiar mucho en Dios es cosa que le honra mucho, y le mueve mucho a dar...

Nos aconseja el Señor con el ejemplo de la mujer ante el juez a que seamos importunos, y se ha de meditar mucho las veces que el Señor dice esto, y el servicio y contento que recibe el Señor de que le pidan... (*Plat. 3 a PP. Comp.*)

12. Sentencia verdadera es, que lo que Dios antes de los siglos ordenó de dar en tiempo, quiso que se efectuase mediante la oración de los suyos (*Trat. sob. Sacer.* 2).

13. *¿Qué es oración?*—Llamamos oración al habla interior con que el alma se comunica con Dios, ya sea pensando, ya pidiendo, ya dándole gracias, *o estarse quedo* contemplando; y generalmente todo aquel tiempo que el alma en secreta conversación se comunica con Dios...

¿Es importante?—Si los hombres no estuvieran ciegos, bastaría decirles que Dios daba audiencias a todos los que quisiesen entrar a hablar con El, y que estas audiencias las concedía una

vez al mes o a la semana, y que además la concedía de muy buena gana, y que en ellas remediaría todos nuestros males y nos haría *grandes* mercedes, y que allí podríamos tener con El una conversación amigable *y filial* como de Padre con sus hijos (que eso somos nosotros)... *¿Pues qué sería* si diese esa audiencia para que le pudiesen hablar todos los días, y si aun nos lo concediese muchas veces al día, e incluso también para que toda la noche y el día, o todo el tiempo que pudiésemos y quisiésemos estar en conversación con el Señor, El lo aceptaría y daría por bueno? Pues, ¿quién sería el hombre que si de piedra no fuese, que no le agradeciese tan larga y provechosa licencia y no procurase aprovecharse de ella todo el tiempo que le fuese posible, como de cosa tan conveniente para ganar honra, por estar hablando con su Señor, y deleite, por gozar de su conversación, y provecho, porque nunca saldrían de su presencia vacíos? Pues, ¿por qué no se huelgan los hombres de estar con Dios, pues El dice que *son sus delicias estarse con los hijos de los hombres?*

14. *No tiene su conversación amargura, sino alegría y gozo* (Prov. 8), ni su condición tiene escasez para negar lo que piden. Pues Padre nuestro es, con el cual nos habríamos de holgar conversando, aunque de ello ningún provecho nos viniera. Pues si juntáis con esto que no sólo nos da licencia para que hablemos con El, sino que además nos lo ruega, nos lo aconseja y hasta incluso nos lo manda, ¿cómo no vemos cuánta es su bondad y gana de que conversemos con El, y cuánta nuestra maldad al no querer acceder a ello, aunque nos lo pide y nos lo paga, cuando debiéramos ir rogando y ofreciendo por ello cualquier cosa que nos pidiese? Pues por aquí veréis cuán poco sentimiento tienen los hombres de las necesidades espirituales, que son las verdaderas; pues quien verdaderamente las siente, verdaderamente ora y con mucha instancia pide remedio (Audia filia. c. 70).

15. *Dios oye siempre la oración de su Hijo*

Cuando nosotros oramos, con nosotros ora Cristo, y el Padre no puede menos de escucharle.

a) Porque vivimos incorporados a Cristo: *Ninguno es justo por sí mismo* (Rm. 3, 10), pero *Cristo nos ha hecho justicia* (1 Cor. 1, 30), porque por su fe y amor somos incorporados a El y recibimos

la gracia y el Espíritu Santo, en virtud de lo cual nuestras obras, de suyo inútiles, reciben alto valor.

Esta merced no es única, porque después, para poder conservar la gracia, necesitamos permanecer unidos a El, como los sarmientos a la vida de la vid.

Siendo, pues, templos vivos de Dios y miembros de Cristo, nuestra oración es oída mucho mejor que lo que prometió el Altísimo a la que se hiciera en el templo de Salomón (2 Par. 6, 20).

Ahora bien: para que nuestras oraciones sean despachadas, es menester, según lo que hemos dicho, "que en la tierra seamos sus miembros vivos, movidos a orar por El". Y conociendo la Iglesia esta necesidad, nos enseña a pedir *per Christum*...

b) Porque Cristo es nuestro Pontífice en el Cielo.

El segundo motivo por el que nuestra oración es al mismo tiempo oración de Cristo, consiste en que, no contento con ser nuestra Cabeza, que nos enseña y mueve a orar, ni con ser Medianero, que nos merece la gracia, es también nuestro Pontífice en el Cielo, ante el Padre, para interceder continuamente por nosotros.

Y así como cuando pasamos hambre o estamos desnudos, dice ser El quien pide comida y vestido; así, cuando nosotros oramos, El ora en nosotros..., de suerte que, cuando nosotros somos oídos de Dios, dice que El es oído, por aquella inefable unión que hay entre El y los suyos, significada con el nombre de Esposo con su esposa, y Cabeza con su propio cuerpo (que somos nosotros), al cual amó tanto y de tal manera que se ofreció por nosotros a la justicia divina hasta morir en la cruz...

16. *El Padre siempre oye a Cristo*

Gran necesidad teníamos nosotros del favor de Jesucristo para que nuestras oraciones fuesen oídas; en cambio, El no necesita de nadie para que las suyas lleguen al Padre.

Cristo oró desde la cruz *con gran clamor y lágrimas* (Heb., 5, 7) pidiendo nuestra salvación y derramando su sangre que *clama mejor que la de Abel* (Heb. 12, 24), porque la de Abel pedía venganza, y la de Cristo misericordia; porque aquélla no aprovechó a nadie, y ésta aprovecha a todos...

Y pues si el Padre siempre le oye, dirijamos a Cristo nuestras oraciones continuamente...

¿De dónde nos viene a nosotros para que nos baste con dirigir la mirada a nuestros pecados para atraer al punto el perdón de Dios? No por cierto de nosotros mismos, pues el delincuente no se libra del castigo porque reconozca su delito, sino de que Dios mira el rostro de su Hijo (Sal. 83, 10). (*Audi filia c. 82-84-87*).

SAN FRANCISCO DE BORJA (m. 1572)

El Santo Duque de Gandía fue un ejemplo insigne de desprecio de las grandezas humanas. El emperador Carlos V le distinguió y honró con su amistad, le hizo marqués de Lombay y más tarde le nombró virrey de Cataluña. A la muerte de la emperatriz y después de oír un sermón de San Juan de Avila, apóstol de Andalucía, se sintió conmovido y, abandonando las grandezas aparentes del mundo, ingresó en la Compañía de Jesús, donde llegó a hacerse doctor en Sagrada Teología y por último tercer general de la Compañía de Jesús. Hacía siete horas diarias de oración y fue un ejemplo de profunda humildad y extrema mortificación.

1. Es tan necesaria la oración mental o vocal, que dice el Señor: *Conviene siempre orar y no faltar* (Lc. 18, 1). Y por ser la oración cosa tan provechosa, es por lo que tanto se esfuerzan nuestros enemigos a poner impedimentos y estorbos, para que no saquemos el provecho *que se suele sacar* de este gran bien, y así vemos que, a pesar de haber muchos que entienden cuán santa y útil es la oración, dejan de poner este conocimiento por obra: unos no comenzándola, y otros no perseverando en ella por diversas causas: unos porque esfuerzan demasiado su entendimiento y así se cansan pronto de ella, otros al no sacar gustos,

desmayan luego y lo tienen por tiempo perdido, pareciéndoles que todo son imaginaciones, y que es mejor darse a las *obras* exteriores, aunque no sean obligatorias, como si no fuesen más altos *y mucho más importantes* los actos interiores que los exteriores, y como si no fuese verdad que tanto más o menos valen los actos exteriores, cuanto más o menos sean movidos por la virtud de los actos interiores.

Y por todo eso, los flacos y los inconstantes, con pequeñas causas dejan de *aprovecharse* del tesoro de la oración, olvidados de cuánto nos persuaden a ella los santos, y cuánto usa de ella la Iglesia Católica...

2. *De la utilidad de la oración:*

Siendo tantos y tan excelentes los autores que han escrito las excelencias de la oración, poca necesidad hay de que cosa tan alta sea tratada por lengua tan baja como es la mía; y así, remitiéndome a ellos, y principalmente a la Sagrada Escritura, sólo diré que en ella hallaron el conocimiento del valor de la oración. Porque orando alcanzó Eliseo la vista para su criado, para que perdiese el miedo (2 Re. 6, 17-18); y no sólo da luz para ver los peligros, mas aun para verse a sí mismo, como aconteció a Manases, que estando preso en Babilonia, hizo oración y penitencia, y conoció que el Señor es el verdadero Dios (2 Par. 33, 12-13).

De lo cual se puede inferir la miseria de nuestros tiempos, porque por la falta de personas de oración, faltan tanto los penitentes y son tan pocos los que conocen al verdadero Dios. Además, cualquiera que bien buscare en la Escritura hallará que el remedio para *todas* las aflicciones es la oración, según enseña Santiago (Sant. 5, 13)...

Pues, ¿quién dejará de tener en mucho cosa tan alta y provechosa que, como queda dicho, no solamente es medicina de nuestras enfermedades y luz en nuestras tinieblas, más aun de ella sale el fruto de la penitencia, los tristes y afligidos reciben consolación, por ella se sale con victoria de los peligros, y, lo que es sobre todo, que por ella somos vivificados, y de hijos de ira venimos a ser regalados hijos adoptivos del eterno Padre, en cuanto que por la oración le conocemos a El y conocemos nuestras culpas y tenemos verdadero dolor de ellas?

Teman, pues, los que no se vieren muy devotos y faltos de esta margarita preciosa de la oración, porque dice el rey David que justo es *el Señor que quebrantará las duras cervices de los pecadores, hará que sean confundidos y vuelvan atrás los que aborrecieron a Sión* (*Sal. 128, 4-5*). Y si eso no bastase a ponerles temor, espántense de una regla que pone el Espíritu Santo, diciendo en el Eclesiástico: *El que conserva la ley, éste acrecienta la oración*. (Ecli. 35, 1), que como si dijera: Si quieres saber cómo te va en la guarda de los mandamientos, mira cómo te va en la oración, porque el no orar suele ser señal de no guardar la ley de Dios, pues por lo regular, los que hacen menos oración son los que más quebrantan la ley de Dios y, por lo contrario, los que hacen más oración son los que más perfectamente cumplen la ley de Dios. Teman, pues, los distraídos y alégrense en el Señor los ejercitados y constantes en ella, pues les dice el Espíritu Santo, que esa es señal de que guardan la ley, el ser constantes en la oración.

3. Una de las cosas que a muchos hace descuidar la oración, es el no advertir la necesidad que de ella se tiene, y así la dejan como si fuera cosa de poca importancia. Si a éstos no les faltase el entendimiento, podrían ver la falta que les hace el recogimiento, y por aquí vendrían a ser diligentes en la oración y a temer grandemente las distracciones y la sequedad de espíritu. ¡Ay de ellos si no lo advierten! Estos son los que dicen aquello del Apocalipsis: *Como reina estoy sentada y de nadie tengo necesidad* (Ap. 18, 7). ¡Oh, qué grandísima ceguedad, que estando entre tantísimos peligros se persuadan que están seguros! ¿No es esto una grandísima locura? Pues, para que lo entiendan, adviertan estos puntos:

a) El que viene a la oración ha de ir a ella con la diligencia como quien va herido a la casa del cirujano, con una llaga mortal, que por la mucha sangre que pierde, le va la vida en llegar pronto, para que le cure y restañe la sangre. Pues el que está herido de pecado mortal, esa misma diligencia ha de poner en llegarse a Jesucristo con la oración para que le sane mediante la contrición y el dolor de sus culpas; por donde son dignos de castigo los que son tan diligentes en curar las heridas corporales y tan negligentes en sanar las espirituales...

El que esto conociere, conocerá la necesidad de la oración, y si la conociere ella misma le forzará a ser amigo de orar, y verá que no es tiempo perdido sino ganado y necesario el que en ella se emplea...

b) Para conocer esta misma necesidad de la oración, podrá también considerar que es como un pedazo de carne podrida, sin aliento y espíritu que le dé vida, *pues toda carne es heno* (1 Ped. 1, 24), y así ha de entrar en la oración necesitado de vivificar la carne que está corrompida por el pecado... Pues así como Eliseo para resucitar el hijo de la viuda, hubo de orar sobre el muerto, así también Cristo, nuestro verdadero Eliseo es preciso que se ponga sobre el pecador muerto, para darle espíritu y vida.

Esta necesidad nos ha de traer a la oración, por la cual podremos decir que nos va la vida en ella, pues en ella recibe nuestra carne vida...

c) Asimismo, para entender mejor la necesidad que hay de la oración, podrá entrar en ella con la prisa y diligencia con que se va a apagar un fuego de una casa ardiendo; pues tal es nuestra alma con el fuego de las pasiones, y para que no se abrase, necesita el agua de las lágrimas, y así ha de entrar suplicando al Señor envíe el agua de su gracia para apagar este fuego.

d) De la misma manera podrá también recogerse a la oración con la prisa del que escapa huyendo de un toro, que por salvar la vida se acoge a la talanquera; pues igualmente los que estamos entre los peligros del mundo, vamos escapando corriendo de los peligros de pecar y de los vicios y tentaciones, y estando entre tantos peligros, nuestra única talanquera y refugio es la oración...

4. Hay algunos que, detenidos en la oración vocal, dejan de llegar a la excelencia de la mental, a los cuales hay que advertir que si la dejan menospreciando la mental y a los que en ella se ejercitan, se engañan mucho, porque la diferencia es tan grande como la hay de la lengua al entendimiento, que lo uno es carne, y lo otro es espíritu..., gran diferencia hay entre la oración vocal y la mental... (Tratados Espirituales de San Francisco de Borja, Barcelona, 1964, páginas 319-359).

SAN PIO V (m. 1572)

Doctrina sobre la necesidad, frutos e importancia de la oración y condiciones cómo debe hacerse para que resulte más útil y provechosa, según los PP. del Concilio de Trento expusieron en el Catecismo Romano, aprobado, bendecido y recomendado por San Pío V, y ratificado constantemente por los demás Romanos Pontífices que le precedieron.

A) Su necesidad

1. *Precepto divino.*—La necesidad de la oración brota ante todo del hecho de habernos sido impuesta como obligación, no como mero consejo, por Jesucristo nuestro Señor: "*Es preciso orar en todo tiempo*" (Lc. 18, 1). Obligación y necesidad confirmadas por nuestra Santa Madre la Iglesia en la fórmula con que introduce la oración del Padrenuestro en el santo sacrificio de la Misa: "*Instruidos con preceptos saludables, y siguiendo una fórmula de institución divina, nos atrevemos a decir: Padrenuestro*"...

Habiéndole suplicado los apóstoles: "*Señor, enséñanos a orar*" (Lc. 11, 1). Jesús, movido precisamente por esta nuestra absoluta necesidad de la oración, se dignó precisarnos la fórmula concreta del Padrenuestro, avalándola con la firme esperanza de que el Padre escucharía cuanto pidiéramos en su nombre. Y El mismo quiso darnos ejemplo orando constantemente y aun dedicando noches enteras a la oración.

Los apóstoles, adoctrinados por tan admirable Maestro, multiplicarán después insistentemente sus más apremiantes exhortaciones sobre la necesidad de la oración. Mención especial merecen los muchos pasajes de San Pedro, San Juan y San Pablo:

...Sed, pues, discretos y velad en la oración (1 Ped. 4, 7).

Carísimos, si el corazón nos arguye, podemos acudir confiados a Dios, y si pedimos, recibiremos de El, porque guardamos sus preceptos... (1 Jn. 3, 21-22).

Y el mismo Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene; mas el mismo Espíritu aboga en nosotros con gemidos inefables (Rm. 8, 26; cf. 1 Ped. 3, 6-8; Fil. 4, 5-6; 1 Tm. 2, 4-6; 5, 4-6; Heb. 4, 15-16).

2) *Exigencia de la criatura.*—Pruébase, además, la necesidad de la oración por la imperiosa necesidad que todos tenemos de acudir a ella como el mejor intérprete de nuestras personales necesidades temporales y eternas ante Dios.

En realidad, el Señor no tiene contraída obligación ninguna con nadie. No nos queda, pues, más recurso que suplicarle humildemente lo que necesitamos y agradecerle el habernos dado en la oración el medio necesario para obtenerlo.

Apoyados en nuestras solas fuerzas, nada podemos; pero todo es posible al que confiadamente sabe pedir. ¿No ha dicho Cristo que la oración expulsa los mismos demonios? (Mt. 17, 19-21).

Quienes, por consiguiente, ignoran o descuidan la práctica asidua y humilde de la oración, se privan a sí mismos de la posibilidad de obtener los dones divinos. San Jerónimo escribe: "*Escrito está: a todo el que pide se le da; y si a ti no se te da, es porque no pides; pide, pues, y recibirás (S. Jerónimo, Com. in c. 7 de S. Mt.)*

B) Sus frutos

Es un deber el de la oración que, además, acarrea copiosísimos y dulcísimos frutos a las almas cuando saben vivirlo.

1) *Servicio y alabanza de Dios.*—Con ella, en primer lugar, honramos y alabamos a Dios. La Sagrada Escritura compara la plegaria a un suave perfume: *Séate mi oración como incienso ante ti* (Sal. 140, 2).

Al hacer oración nos reconocemos súbditos de Dios y le confesamos principio y fuente de todo bien; le invocamos como nuestro refugio y defensa, como nuestra seguridad y salvación. Es el mismo Dios quien nos dice: *Invócame en el día de la angustia; Yo te libraré y tú cantarás mi gloria* (Sal. 49, 15).

2) *Seguridad de ser escuchado.*—Otro fruto precioso de la oración es el saber que nuestras súplicas son escuchadas por Dios. San Agustín dice: La oración es la llave del cielo; porque sube la plega-

ria y baja la misericordia de Dios. Muy baja está la tierra y muy sublime el cielo; pero Dios escucha siempre el clamor del hombre cuando procede de un corazón puro *(Serm. 47 de Temp.)*

Y aquí radica el valor y la eficacia de la oración: en que por ella conseguimos las más espléndidas riquezas de los cielos. Frutos suyos son los dones del Espíritu Santo, que nos guía, ilumina y asiste; la conservación e incolumidad de la fe, la exención de las penas, la defensa de las tentaciones, la victoria del demonio y las más bellas alegrías de la vida espiritual, según la palabra de Cristo: *Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis para que sea cumplido vuestro gozo* (Jn. 16, 24).

No puede dudarse que la bondad de Dios escucha siempre y acoge nuestras plegarias. La Sagrada Escritura está llena de testimonios que lo confirman. Recordemos sólo a modo de ejemplo aquellas palabras del profeta Isaías: *Entonces llamarás y Yavé te oirá; le invocarás, y El dirá: Heme aquí...; antes que ellos me llamen, les responderé Yo; todavía no habrán acabado de hablar y ya los habré escuchado (Is. 58, 9; 65, 24).*

Sucede, no obstante, con frecuencia, que el Señor no nos concede lo que le pedimos. Pero es innegable que también en estos casos el Señor mira por nuestro bien, o concediéndose mayores y mejores bienes que los que nosotros le habíamos pedido, o porque aquello que deseábamos no nos era necesario ni útil, y hasta quizá nos era perjudicial para el alma. "Cuando Dios nos está propicio —escribe San Agustín— nos niega aquello que nos concede cuando está airado" *(Serm. 33 de Verbis Dom.)*

Otras veces ocurre esto porque lo pedimos mal, con tanta flojedad y tibieza, que ni casi nosotros mismos sabemos lo que pedimos. Debiendo ser la oración una elevación de nuestra alma a Dios, nos distraemos con preocupaciones extrañas, y salen de nuestros labios las palabras sin ninguna atención y devoción. ¿Cómo podremos llamar *plegaria* a esta vana confusión de sonidos? ¿Y cómo hemos de pretender en serio que Dios nos escuche, si nosotros mismos demostramos palpablemente con nuestra negligencia y descuido dar muy poca importancia a lo que pedimos?

Sólo quien ora atenta y devotamente puede confiar obtener lo que suplica. Y lo obtendrá con divina superabundancia, como

sucedió al hijo pródigo de la parábola, que, arrepentido de su pecado, sólo pedía ser acogido como esclavo y fue festejado como hijo *(Lc. 15, 10ss.)*

Y no sólo las palabras. Los meros deseos más íntimos del alma —sin esperar a que lleguen a expresarse externamente— son acogidos siempre favorablemente por Dios cuando brotan de un corazón sencillo: *Tú, ¡oh Yavé!, oyes las preces de los humildes, fortaleces su corazón, les das oídos (Sal. 10, 17).*

3) *Práctica de virtudes.*—Otro fruto de la oración es el ejercicio y crecimiento de las virtudes, especialmente de la *fe*. Los que no creen en Dios no pueden orar eficazmente: *¿Cómo invocarán a Aquél en quien no han creído?* (Rm. 10, 14). En cambio, cuanto mayor sea la fe, tanto más fervorosa será la plegaria con que nos apoyemos en la bondad y misericordia de Dios, de quien esperamos cuanto nos es necesario.

Es cierto que Dios puede darnos todos sus dones sin que se los pidamos y sin que ni siquiera pensemos en nuestra necesidad, como lo hace con las criaturas irracionales. Mas para el hombre, Dios es Padre, y quiere ser invocado por sus hijos; quiere que cada día le supliquemos con confianza y que cada día se lo agradezcamos con consciente gratitud.

Se aumenta también en la oración el fervor de la *caridad*, sintiéndonos obligados a amar a Dios con tanta mayor intensidad cuanto más le reconocemos en la experiencia como autor de todos nuestros beneficios. Y, como sucede siempre entre corazones que se aman, nos levantaremos de su contacto más inflamados en amor, por haberle conocido un poco más y haber gustado más íntimamente sus alegrías.

Quiere el Señor que oremos asiduamente, porque en la plegaria se agranda y dilatan las aspiraciones espirituales; y por esta asiduidad y deseos nos hacemos dignos de los beneficios de Dios, de los que nuestra alma, inicialmente perezosa y mezquina, era quizá indigna.

Quiere además el Señor que aprendamos y reconozcamos que sin su ayuda nada podemos con nuestras solas fuerzas, mientras que con el auxilio de su gracia podemos conseguirlo todo. Sólo en la oración encontraremos las poderosas armas

para vencer al demonio y demás enemigos espirituales. "Contra el demonio y sus armas —escribe San Hilario— sólo podemos combatir con el grito de nuestras plegarias" *(In Sal. 65 n.º 4: Migne 9, 425).*

4) *Remedio contra las fuerzas del mal.*—Fruto de la oración es también aquella suprema iluminación con la que Dios nos hará comprender nuestra natural inclinación al mal y nos dará conciencia de la debilidad frente a los movimientos instintivos de la concupiscencia. Sólo las fervorosas oraciones nos alcanzarán la necesaria fortaleza de alma para no caer y nos purificará de nuestras culpas pasadas.

5) *Pararrayos de la ira divina.*—Por último, la oración —según doctrina de San Jerónimo— aplaca la ira divina. Cuando Moisés oponía sus ardientes súplicas a la cólera de Dios, que quería vengarse de los pecados de su pueblo, el Señor le dice: *¡Déjame!* (Ex. 32, 10).

En realidad, nada hay que pueda aplacar con más eficacia la ira de Dios y desarmarla de los rayos con que quiere y debe castigar los delitos de los pecadores como la fervorosa oración de las almas piadosas.

C) Sus distintas especies

Explicada ya la necesidad y utilidad de la oración, convendrá que conozcan los cristianos las distintas maneras que hay de orar.

San Pablo, exhortando a Timoteo a orar santa y piadosamente, distingue varias clases de oraciones: *Ante todo, te ruego que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres (1 Tm. 2, 1).*

Pueden consultarse con provecho las páginas espléndidas escritas sobre esta materia por los Santos Padres, especialmente por San Hilario y San Agustín. *(S. Hilario In Sal. 140, n. 2; Migne 9, 825; S. Agustín Epis. 55.)*

Entre las distintas maneras de oración, merecen singular relieve dos, de las que en algún sentido se derivan todas las demás: la oración de *petición* y la de *acción de gracias.* En realidad,

cuando nos acercamos a Dios para orar, o lo hacemos para implorar algo que necesitamos o para darle gracias por algún beneficio recibido. Son sentimnientos y exigencias necesarias en toda alma que ora. El mismo Dios nos lo recuerda en la Escritura: *Invócame en el día de la angustia; Yo te libraré y tú cantarás mi gloria* (Sal. 49, 15).

Por lo demás, nuestra misma condición de criaturas y de pecadores, habla bien elocuente de la necesidad que tenemos en nuestra miseria de la bondad y misericordia de Dios. El Señor, por su parte, no desea otra cosa sino hacernos bien: su corazón divino no es para el hombre más que benignidad infinita. Basta mirarnos para comprenderlo: nuestros ojos, nuestra voluntad e inteligencia, todo nuestro ser es don y prenda de la divina largueza. *¿Qué tienes* —pregunta San Pablo— *que no lo hayas recibido?* (1 Cor. 4, 7). Y si todo lo nuestro es don gratuito de Dios, ¿cómo no inflamarnos en un sentimiento constante e inagotable de adoración y gratitud?

1) Oración de petición

Muchos y muy variados son los modos y grados con que los hombres cumplen su deber de orar. Será conveniente exponerlos con el máximo cuidado posible para que todos tengamos un concepto claro, no sólo de la oración, sino también del modo de hacerla y para que nos estimulemos a orar lo más perfectamente posible.

a) *¿Quiénes deben pedir?*— La plegaria mejor, sin duda, es la de las almas *justas y buenas*, que, apoyadas en una *fe viva*, y a través de los distintos grados de la oración mental, llegan hasta la contemplación del infinito poder de Dios, de su inmenso amor y suma sabiduría.

De aquí brotarán en ellas la *segura esperanza* de obtener, no sólo lo que piden en la oración, sino también todos aquellos dones que Dios da con soberana largueza a las almas que a El se abandonan.

Elevadas al cielo estas almas con la doble ala de la fe y la esperanza, se llegarán a Dios inflamadas en *caridad*, le alabarán

y le darán gracias por los grandes beneficios que les ha concedido. Y, como hijos que se abandonan en el abrazo amoroso de su amantísimo Padre, le presentarán humilde y confiadamente todos los sentimientos y nuevas necesidades.

A esta forma de oración aludía el Profeta en su Salmo: *Derramo ante El mi querella, expongo ante El mi angustia (Sal. 141, 3).* La palabra "derramar" significa que el que ora de esta manera no calla nada ni oculta nada, sino que todo lo revela, refugiándose confiado en el seno amoroso del Padre. Concepto expresado muchas veces en las Sagradas Escrituras: *¡Oh, pueblo! confía siempre en El. Derramad ante El vuestros corazones, que Dios es nuestro asilo (Sal. 61, 9). Echa sobre Yavé el cuidado de ti, y El te sostendrá, pues no permitirá jamás que el justo vacile (Sal. 54, 23).*

A este mismo grado de oración se refería San Agustín cuando escribió: "La esperanza y la caridad piden lo que cree la fe" (Enchir., 7, n. 2).

1) Otra categoría de orantes la constituyen los *pecadores,* quienes, no obstante sus pecados, se esfuerzan por levantarse hasta Dios. Su fe está como muerta, sus fuerzas están extenuadas, y casi no pueden levantarse de la tierra; no obstante, reconocen humildemente sus pecados y desde el fondo de su profunda abyección imploran el perdón y buscan la paz.

Dios no rechaza jamás esta oración, sino que la escucha y acoge misericordioso. El mismo nos invita: *Venid a Mí todos los que estáis fatigados y cargados que Yo os aliviaré (Mt. 11, 28).*

Tal fue la oración del pobre "publicano", que aunque no osaba levantar sus ojos al cielo, salió, sin embargo, justificado del templo (Lc. 18).

2. Una tercera categoría de orantes la forman aquellos que, *carentes aún de la verdadera fe cristiana,* se sienten movidos bajo el impulso de la recta razón natural, al estudio y búsqueda de la verdad, y piden a Dios en la oración ser iluminados.

Si saben perseverar en sus deseos, Dios no rehusará sus plegarias, porque la divina clemencia jamás se hace sorda a los gritos de las almas sinceras. Los hechos de los Apóstoles nos ofrecen un ejemplo bien significativo en el caso del centurión Cornelio (Hech. 10, 1-6).

3) Una última categoría de orantes es la de aquellos que no sólo no están arrepentidos de sus pecados, sino que *acumulando pecados sobre pecados*, se atreven a implorar de Dios hipócritamente el perdón de sus faltas que voluntariamente se proponen seguir repitiendo.

Semejantes infelices no deberían aspirar ni siquiera al perdón de los hombres; mucho menos al de Dios, si se empeñan en mantener estas disposiciones. Escrito está de Antíoco: *Y oraba el malvado al Señor, de quien no había de alcanzar misericordia (2 Mac. 9, 13).*

Antes de orar se impone una verdadera y sincera contrición de los pecados, con propósito firme de no volver a cometerlos.

b) *¿Qué cosas deben pedirse?*—Para que nuestra oración sea escuchada por Dios, es necesario que pidamos cosas justas y honestas. De otro modo nos veremos reprendidos por el mismo Señor: *No sabéis lo que pedís* (Mt. 20, 22).

Debe pedirse todo aquello que rectamente puede desearse, como el mismo Jesús nos exhortaba: *Pedid lo que quisiereis y se os dará* (Jn. 15, 7).

1) Nuestras intenciones y deseos deben conformarse ante todo a esta regla: que nuestras peticiones nos acerquen lo más posible a Dios, nuestro Bien. Desear y pedir nuestra unión con El y cuanto nos ayude a conseguirla, desechando y apartándonos de cuanto de una u otra manera pueda distanciarnos de Dios.

2. Esta primera norma general nos ayudará a conocer cuándo y cómo debemos pedir a Dios todos los demás bienes.

Algunos de ellos pueden convertirse, y muchas veces se convierten de hecho, en incentivos del pecado, especialmente si se trata de bienes terrenos y externos: salud, fuerza, belleza, riquezas, dignidades, honores, etc. Es claro que su petición debe subordinarse siempre a la necesidad y en cuanto no sean contrarios a los designios divinos; sólo así podrán ser escuchadas por Dios nuestras plegarias.

Nadie, por otro lado, debe poner en duda la licitud de estas peticiones de bienes humanos. La Sagrada Escritura nos dice que así oraba Jacob: *Si Yavé está conmigo, y me protege en mi viaje, y me da pan que comer y vestidos que vestir, y retorno en paz a la casa*

de mi padre, Yavé será mi Dios (Gen. 28, 20). Y Salomón: *No me des pobreza ni riquezas. Dame aquello de que he menester.* (Prov. 30, 8)

Y cuando seamos escuchados por Dios en estas peticiones, acordémonos de la advertencia del Apóstol: *Los que compran como si no poseyesen, y los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen; porque la apariencia de este mundo pasa (1 Cor. 7, 30-31).* Y de las palabras del Salmista: *Si abundan las riquezas, no apeguéis a ellas vuestro corazón* (Sal. 61, 11).

Por mandato divino puede y debe el hombre usar de las riquezas, como de todas las demás cosas que hay en el mundo, pero sin olvidar que todas ellas son propiedad absoluta de Dios y que nos las concedió para vivirlas en mutua caridad con todos nuestros hermanos. La salud y todos los demás bienes externos nos han sido dados para que más fácilmente podamos servir a Dios y más fácilmente proveer a las necesidades e indigencias de nuestro prójimo.

Podemos y debemos también pedir en nuestra oración los *bienes del alma y de la inteligencia ingenio,* arte, ciencia, etc.), pero siempre igualmente a condición de que nos sirvan para glorificar a Dios y salvar nuestras almas.

Mas lo que hemos de desear y pedir constantemente y sin limitación de ninguna clase, es la gloria de Dios y todas aquellas cosas que puedan unirnos con nuestro Sumo Bien, como son la fe, el temor de Dios y su santo amor.

c) *¿Por quiénes debe pedirse?*

1) Por *todos,* sin excepción alguna ni distinciones de amistad o enemistad, religión y raza. Todos los hombres —enemigos, extraños o pecadores— son nuestros prójimos; y si a todos hemos de amar, según el precepto de Cristo, por todos habremos de orar, porque la oración es un deber del amor. *Ante todo te ruego* —amonesta Pablo a Timoteo— *que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres (1 Tm. 2, 1).*

Hemos de pedir, pues, para todos los hombres, las cosas necesarias, primeramente para el alma, y después para el cuerpo.

2. De manera especial, tenemos obligación de pedir por los *pastores de almas.* También se lo recordaba San Pablo a los Colosenses: *Orad a una también por nosotros, para que Dios nos abra puerta para la palabra (Col. 4, 3).* Y lo mismo encargaba a los fieles de Tesalónica (1 Tes. 5, 25).

En los Hechos de los Apóstoles se nos dice igualmente: *Pedro era custodiado en la cárcel; pero la Iglesia oraba intensamente a Dios por él (Hech. 12, 5).* Y San Basilio, después de insistir en el mismo deber, aduce la razón: "Hemos de pedir por aquellos que nos reparten el pan de la verdad" *(Mor. Regul., 56 c. 5: Migne 31, 787).*

3) Hemos de pedir también por las *autoridades,* por los reyes y jefes de Estado *(1 Tm. 2, 1-2).* A nadie se le ocultará que de ellos depende en gran parte el bien público.

Pidamos a Dios que sean buenos, piadosos y justos. Y hemos de orar también por los que ya lo son, para que, viendo ellos cuánta necesidad tienen de las oraciones de los súbditos, no se ensorberbezcan en su dignidad.

4) Jesús nos manda expresamente *pedir por los que nos persiguen y calumnian (Mt. 5, 44).*

5) Más aún: es costumbre cristiana, que, según testimonio de San Agustín, se remonta a los tiempos apostólicos, pedir también por todos los separados de la misma Iglesia: por los *infieles,* para que resplandezca en ellos la fe verdadera; por los *idólatras,* para que sean liberados de los errores de la impiedad; por los *judíos,* para que sus almas oscurecidas reciban la luz de la verdad; por los *herejes,* para que, vueltos a la salud, sean iluminados por los preceptos cristianos; por los *cismáticos,* para que por el vínculo de la verdadera caridad retornen a la comunión de la Iglesia, de la que un día se separaron.

Que estas plegarias, animadas por el soplo de la catolicidad, sean muy eficaces ante el Señor, lo demuestra el gran número de convertidos que constantemente *arranca la gracia de Dios del poder de las tinieblas, trasladándoles al admirable reino del Hijo de su amor (Col. 1, 13); verdaderos vasos de ira, maduros para la perdición, convertidos en vasos de misericordia (Rm. 9, 22-23).*

6) Es también constante tradición eclesiástica y apostólica el pedir por los *difuntos.*

7) Ni es del todo inútil el pedir por quienes, a pesar de todo, *se obstinan en seguir pecando con pecados de muerte (1 Jn. 15, 16).*

Aunque de momento de nada le sirven las oraciones de los

buenos, es obra de caridad cristiana el seguir rogando por ellos, y tratar de aplacar así la ira divina con nuestras propias lágrimas.

Ni deben ser obstáculos para el cumplimiento de este deber las maldiciones que en la Sagrada Escritura o en los Santos Padres vemos frecuentemente conminadas contra tales pecadores. Estas palabras deben entenderse en el sentido de una predición de los males que alcanzarán a los impenitentes, o en el sentido de condenación directa contra el pecado —no contra las personas—, para conseguir que los pecadores, aterrados por ellas, se abstengan de seguir pecando.

2) **Oración de acción de gracias**

El segundo modo de orar es la reconocida gratitud que debemos elevar a Dios por los divinos e innumerables beneficios que cada día acumula sobre nosotros y sobre todos los hombres.

Oramos así cuando en la sagrada liturgia alabamos al Señor por la multitud incontable de santos que El ha suscitado en su Iglesia y celebramos la victoria y triunfo que ellos consiguieron en la tierra, con la ayuda divina contra todos sus enemigos.

Un ejemplo admirable de esta clase de oración lo tenemos en la plegaria del Ave María. En ella alabamos y agradecemos a Dios por haber colmado a la Santísima Virgen con toda la plenitud de sus divinos dones y nos complacemos con la misma Madre de Dios por su sublime dignidad, *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre todas las mujeres.* Movida precisamente por esta predilección de Dios con la Santísima Virgen, completó la Iglesia la dulce plegaria, implorando la intercesión maternal de Santa María *sobre nosotros, pobres pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.*

Y así nosotros, *pobres desterrados, hijos de Eva, peregrinos en este valle de lágrimas,* hemos de invocar constantemente a la que es Madre de misericordia y Abogada del pueblo cristiano. Porque si Ella ruega por nosotros, si Ella se mueve en nuestro socorro, nada le será negado por aquel Dios ante quien tiene méritos tan excelsos; por aquel Dios ante quien siempre intercede maternalmente por nosotros, sus hijos pecadores.

Que sea Dios —entendiendo por Dios las tres divinas Personas— a quien hemos de dirigir nuestras plegarias, invocando su

santo nombre, es verdad ínsita en nuestras almas por la misma razón natural. Tenemos además un explícito mandamiento divino: *Invócame en el día de la angustia* (Sal. 49, 15).

Es cierto que también recurrimos con la oración a los santos. Es esta una verdad sobre la cual la santa Iglesia y las almas cristianas no tienen duda alguna. Pero hay una diferencia especial entre estas dos formas de oración: no invocamos evidentemente de la misma manera a Dios y a los santos. Y conviene aclarar bien esta profunda diferencia, para evitar todo posible error.

Invocamos a Dios para que El mismo nos conceda los bienes que necesitamos, o nos libre de los males que sufrimos. Los santos, en cambio, son invocados como *amigos* de Dios e intercesores gratos a El, para que nos obtengan de Dios los auxilios y beneficios que de El esperamos.

Las mismas formas que utilizamos para orar, expresan claramente esta diferencia. A Dios le decimos: *Ten misericordia de nosotros;* a los santos, en cambio: *Rogad por nosotros.*

En toda forma de oración debe subentenderse siempre este precepto, para no atribuir a las criaturas lo que es exclusivo de Dios. Así, cuando pedimos directamente a los santos que tengan misericordia de nosotros —fórmula que podemos decir rectamente, porque en verdad son misericordiosos con nosotros—, intentamos decirles que, apiadados de la miseria de nuestra condición, nos ayuden con la intercesión y valor que gozan ante Dios. Y si recitamos el Padrenuestro ante la imagen de un Santo cualquiera, entendemos que pedimos al siervo de Dios ruegue por nosotros y con nosotros, presentando con nosotros y para nosotros las peticiones formuladas en la oración dominical; que se constituya nuestro intérprete y abogado en la presencia del Señor, como claramente lo enseñó San Juan en su Apocalipsis *(8, 3-4).*

D) Modo práctico de orar

1) *Preparación conveniente.*—Dice la Sagrada Escritura: *Antes de hacer un voto, míralo bien, no seas como quien tienta al Señor (Eclo, 18, 23).*

Es tentar a Dios el pedir el bien cuando se obra el mal, o hablar con Dios cuando se tiene el alma distraída y alejada de lo que se pide.

Por esto será conveniente declarar los caminos de la oración y las disposiciones necesarias para hacerla bien.

a) La primera disposición esencial para orar es un *espíritu verdaderamente humilde*, consciente y arrepentido de sus pecados; un sentimiento de indignidad para acercarnos a Dios, que brota de la conciencia de pecado y nos hace sentirnos inmerecedores, no sólo de alcanzar cosa alguna de su divina Majestad, sino aun de comparecer ante su presencia.

Las Sagradas Escrituras insisten machaconamente en esta primera disposición necesaria para orar: *Convirtiéndose a la oración de los despojados, no despreció su plegaria (Sal. 101, 18): La orción del humilde traspasa las nubes y no descansa hasta llegar a Dios, ni se retira hasta que el Altísimo fija en ella su mirada (Eclo, 35, 21).*

Significativos sobremanera son los ejemplos evangélicos —entre tantísimos otros— del publicano, que ni aun desde lejos se atrevía a levantar sus ojos al altar *(Lc. 18, 13);* y el de la mujer pecadora, que arrojada a los pies de Cristo, los bañaba con todas sus lágrimas *(Lc. 7, 37-38).*

b) De este sentimiento de humildad brotará *el dolor de los pecados*, o al menos un sentimiento de desagrado por no acertar a arrepentirnos convenientemente. Sin este necesario sentimiento no puede esperarse el perdón.

Hay determinados pecados que específicamente impiden sean escuchadas nuestras súplicas por Dios. En general, todos los pecados contra la caridad y la humildad:

El ser duros e inhumanos con los menesterosos. También contra éstos está escrito: *El que cierra sus oídos al clamor del pobre, tampoco cuando él clame hallará respuesta (Prov. 21, 13).*

El ser soberbios, porque *Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes da su gracia (Sant. 4, 16).*

El menospreciar la ley del Señor. Es abominable la oración de aquel que se aparta de la Ley (Prov. 28, 9).

Es claro que todo esto exige, cuando se pide el perdón, una detestación de todos los pecados cometidos contra Dios y contra el prójimo.

c) Otra disposición necesaria para orar es la *fe*, sin la cual no puede tenerse un verdadero conocimiento de Dios y de su